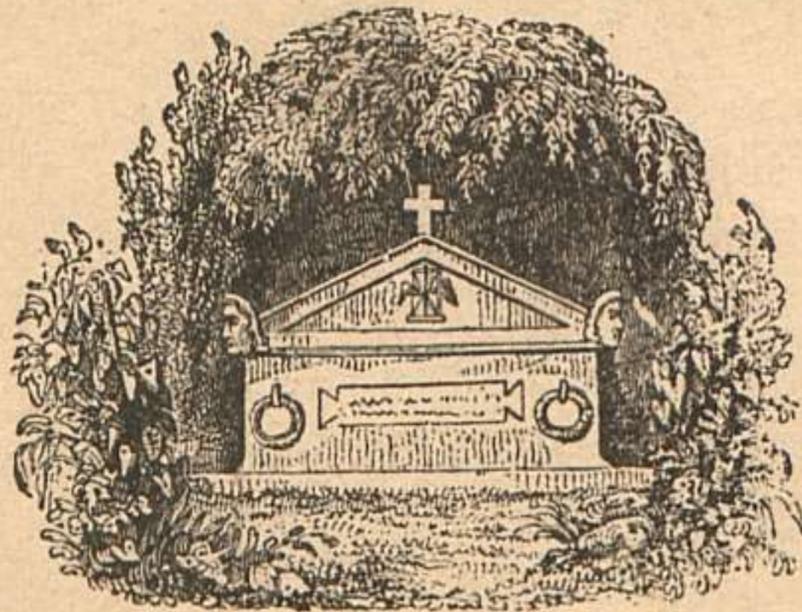


F-2086

HOMENAJE

Á LA MEMORIA DE

FEDERICO BALART



U
53

MURCIA
TIP. DE ANDRÉS SAEZ
1905

BIBLIOTECA REGIONAL



1050025

+

Homenaje á Balart

no. fit. 33285

DMV

3563

IN MEMORIAM



HOMENAJE

Á LA MEMORIA DE

FEDERICO BALART



MURCIA
TIP. DE ANDRÉS SAEZ
1905

R. 101.829



HOMENAJE

A LA MEMORIA DE

FEDERICO BALART



MURCIA
IMP. DE ANDRÉS SAEZ
1908

ADVERTENCIA

El CÍRCULO DE BELLAS ARTES de Murcia, tomando la iniciativa en ofrecer el debido tributo de admiración y cariño al eximio murciano D. Federico Balart, fallecido recientemente en Madrid, le dedicó una velada necrológica el día 14 de Mayo de este año, leyéndose en dicho acto diversas composiciones en prosa y verso.

Con ellas y con otras recibidas después ha formado y dá á luz el presente volumen el último de los autores que en él ponen su firma,—que fué de los primeros en querer y admirar al llorado maestro,—con el doble objeto de rendir un modesto homenaje á su memoria y destinar el producto íntegro de la venta de ejemplares á su viuda, en cuyo nombre envía al CÍRCULO DE BELLAS ARTES y á los colaboradores de este libro el testimonio de su profunda gratitud.



DON FEDERICO BALART

(UN RECUERDO Y UNA IMPRESIÓN)

De todos los goces espirituales que nos son dados aquí abajo, la Providencia me concedió los que más ambicioné siempre: el alto favor de gozar de la amistad y trato de los grandes escritores, de los maestros en letras y en saber, de un tiempo que acaba, de un siglo que se cierra, quizás en esta hora solemne en que el insigne Balart ha muerto y el gran Valera ha dejado de existir.

Y porque supe estimar tan excelso bien, por eso lloro tanto al perderlo, y como dijo Balart, el muerto glorioso,

«Porque sé lo que son cuitas,
Por eso las sé llorar.»

Por eso, al morir mis amigos y maestros literarios Valmar, el padre Blanco, D. Federico, de mi pluma brotan, no necrologías ni biografías ordenadas y útiles para consulta, no juicios que no osaría emitir sobre los maestros—y menos cuando el llanto me nubla los ojos,—recuerdos y emociones evocados por el dolor en evocación prodigiosa, que resucita lo pasado con amoroso ímpetu del espíritu, que se niega á la nada y no consiente que con el

muerto se entierre lo que no muere de muerte física, porque vivió siempre en la región de lo inmaterial: el recuerdo. ¡El recuerdo! ¿En qué misteriosos senos del espíritu, ó en cuáles arcanas celdillas de la substancia cerebral posa ese huésped impalpable que, al ruido de una palabra, rebulle, aletea, surge, y nos pone ante los ojos la visión real y nos infunde en los nervios la sensación vibrante, y por obra de milagro nos hace *reexistir* en una hora solemne ó conmovedora lo pasado, que creíamos abolido, muerto y enterrado en nosotros?

No sabré decirlo: defínanlo quienes duden que lo real es lo que pasa, y lo espiritual lo que perdura y recoge la impresión imborrable de este gran espectáculo de la vida. Yo sólo sé decir que estas lacónicas palabras: «Balart ha muerto», despertaron en mí, con poder de realidad, la visión de una hora inolvidable de mi vida: la hora en que conocí al gran escritor.

Era en 1879; los escritores españoles—aún vivían los más excelsos del siglo XIX—ofrecían á la desgracia la limosna augusta de la inspiración en un libro—*El libro de la Caridad*—destinado al socorro de las víctimas de las inundaciones de Murcia, la tierra de Balart. Para leer las poesías que formaban el volumen nos reunió en su casa, á todos los colaboradores del libro, el docto escritor D. Juan de D. de la Rada y Delgado. Yo hacía aquel día mis primeras armas literarias—permitáseme recordarlo, porque la natural emoción de aquel *estreno* contribuyó á grabar en mi alma más hondas las impresiones de aquel día.—Era yo muy joven, casi niña, y estaba enferma de alguna gravedad; pero en los momentos de alivio escribía y salía alguna vez. Zorrilla, el gran Zorrilla, escogió para mi el mas bello de los temas que se nos repartieron—«El del niño salvado de las aguas»;—

Campoamor me obligó á firmar con mi nombre, por primera vez, la poesía que titulé *El ángel de las aguas*. Me la encargaron con tal premura, y estaba yo tan enferma, que la escribí en una noche de fiebre, y, sin dejarme corregirlas, me quitó mi padre las cuartillas de la mano y se las llevó á Zorrilla, que con gran sorpresa mía les dió el *visto bueno*.

En el salón de Rada, en la calle de la Corredera, estaba lo mejor de la literatura española: Zorrilla, Valera, Ayala, Núñez de Arce, Valmar, Echegaray... todos. Al abrirse la sesión, Rada me llevó del brazo ante una mesa, en la que ardían muchas bujías en grandes candelabros; habían decidido que, por mi sexo, y por ser yo la más joven de los asistentes, leyese la primera. La emoción me dejó sin voz; D. Pedro de Madrazo, que para animarme se sentó á mi lado, me hizo empezar *tres veces* la lectura, alegando, con verdad, que «nadie, ni él, me había oído». La fuerza de la necesidad, y la vibración de mis nervios, me infundieron las energías que faltaban á mi espíritu, temeroso ante tal concurso, y á mi organismo agotado (llevaba yo años de no alimentarme sino con sorbos de café), y leí, leyó mi emoción, con el acento de lo íntimamente sentido. (Yo estaba bajo la impresión de un gran dolor, y mi pena transcendía á mis versos de principiante.) La bondad de los escritores acogió con indulgencia, no el mérito, que en mis versos no lo había, mi juventud, mi timidez, mi emoción hondísima. Varios conocimientos y amistades hice aquel día; pero una sola me impresionó para siempre.

Cuando el círculo de los amigos que me saludaban se aclaró, Rada llegó á mí, precediendo á un señor que casi desaparecía tras la persona procesora del arqueólogo, y como la alteza del personaje, para mí desconocido, requería, me lo presentó lacónicamen-

te: Don Federico Balart. Al oír aquel nombre, por mí muy admirado, me puse de pié y tendí la mano al gran escritor. No había cumplido aún el insigne lírico los cincuenta años, y ya su pelo y su barba estaban blancos, su morena color tenía tintes marfileños, y sobre su faz leonina de pensador y de artista fogoso flotaba un denso velo gris de tristeza honda, insuperable, que me hizo eternamente simpática é idealmente sublime su figura. *Dolores* había muerto, y aquel hombre que estrechó mi mano con efusión espiritual y me dijo frases de bondad inolvidable, que cimentaron una amistad profunda, era ya, además del periodista luchador y del crítico admirable, el cantor de *Dolorès*, que por las puertas del dolor entraba en la inmortalidad. Y los reflejos de la inmortalidad, que ante su alma desolada se abría, bañaban ya aquel semblante de atleta intelectual, suavizando con místicas veladuras la energía de la línea, la obscuridad del color y el fuego irresistible de su mirar de águila.

Comenzamos á hablar: yo era una niña, sin nombre alguno literario; Balart un gran escritor: no nos habíamos visto nunca, nada parecía haber de común entre nosotros, y... sin embargo, nos unía un lazo sublime: el dolor; yo lloraba inconsolablemente á mi madre; Balart á su *Dolores*; yo no había encontrado otra alma que llorase á una muerta tan desoladamente como Balart lloraba á la suya; hablamos de nuestras penas, y... parecía que nos habíamos conocido siempre. Llamaron á Balart á leer su poesía, un hermoso romance, en que juntaba, al duelo de su tierra de Murcia, el duelo de su viudez desconsolada.

Con lágrimas en la voz leyó Balart aquellos versos amasados con su pena:

«Cuatro meses hace, cuatro,
Que reclamándome están
Un cadáver en la tierra
Y un alma en la eternidad.

Cuatro meses, cuatro meses
Llevo en congoja mortal;
Ahogándome están las penas,
¡Y no me acaban de ahogar!

Esposa, que desde el cielo
Mi angustia mirando estás,
La mitad sobra en mi lecho
Y en tu huesa la mitad...»

Cuando acabó de leer, huyendo aplausos y felicitaciones, volvió á mi lado; yo no pude hablarle, le estreché la mano, mis lágrimas le dijeron lo que yo callaba. Desde aquel día el maestro fué mi paternal amigo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

ANTE EL CADÁVER
DE MI QUERIDO AMIGO FEDERICO BALART

De la existencia los revueltos mares
Yo te miré cruzar con rumbo incierto;
Libre ya de borrascas y pesares
Te hallo otra vez junto al sepulcro abierto...
¿Qué era mejor? ¿la tempestad ó el puerto?

MANUEL DEL PALACIO.

EL LIBRO DE BALART

Yo también tengo un armario
Donde con amor guardé,
Como en rico relicario,
Todo libro, de mí fé
Profana devocionario.

Como si fuera un altar,
Ante él me suelo postrar;
Que emana el genio de Dios,
Y honrar en él á los dos
Es una forma de orar.

Con piedad hasta importuna,
De ese altar, que es mi fortuna,
Repaso el tesoro vario
Cual repaso una por una
Las cuentas de mí rosario.

Y como las hay en él
De tamaños desiguales,
Aunque en la sarta, á granel,
Sean perlas orientales
Todas para el alma fiel,

Por más grato al corazón
Tengo yo entre los mejores
Un libro, en que en un renglón
De sublime concisión
Leerán los siglos: ¡DOLORES!

Ya ese nombre al resonar,
 Del honor que le acompaña
 No puedes, vate, gozar;
 Ya sobre un sepulcro España
 Llorá que dice: ¡BALART!

Duerme en paz, triste cantor,
 Y no temas los rigores
 Del tiempo devorador;
 Que el libro de tus dolores
 Lo es del humano dolor.

Como él logrará tener
 Eterno vigor lozano.
 No temáis envejecer:
 Mientras llóre un pecho humano,
 Os tienen que conocer.

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL.

(Murcia)

REGALÍA CASTELLANA

FEDERICO BALART

¿Que de donde es? ¡Vaya una pregunta! Pues ¿en qué otra tierra sino en aquella mía, en que la Naturaleza celebra certamen perpetuo de luz, flores y belleza, pudo y debió tomar carne el inmenso Federico Balart?

Y pequeños brincos que me dá el corazón siempre que se me presenta ocasión de decir, sobrándome de gozo y á boca llena, «nació donde yo nací; del propio nogal que labraba el artífice su cuna proceden las tablas de la mía; los mismos perfumes del nardo y del magnolien con que regalan los sentidos sus cálices de espuma cuajada aspiramos los dos; él y yo asistimos en aquel escenario de esmeraldas á las bodas magnificentes del palmeral murciano, cuando bañada la vega por la luna, se columpían sus ramas enviándose ofrendas mútuas de amor; el fuego de aquel cielo que iluminó su inteligencia es el fuego que caldeó mi sangre; todo lo suyo, ideales, fé, amarguras, gloria, todo, absolutamente todo lo considero mío».

Y qué cara de pascua pondrán mis nietos—lo presiento y hasta parece que lo veo ya—cuando la posteridad, al esculpir su nombre en pórfidos y

jaspes, puntualice su origen y diga: este vate ilustre, revelado á la raza latina, en los últimos años de su vida, por misterios del dolor, brotó del Edén Murciano.

Y, hablando de todo un poco, ¡cuánto amarga pensar que dos naves que zarparon del mismo puerto, en lastre abundantísimo de esperanzas y con pliegos cerrados por la Providencia para conocer en alta mar sus destinos, hayan efectuado travesía tan distinta! La suya arribó bien pronto á playas en las que no hubo laureles bastantes para coronar al gallardo piloto. La mía... la mía perdió el aparejo apenas embistió en las primeras rompientes y todavía navega de bolina.

Para las gentes que piensan al por menor, estas desviaciones de la vida deben anotarse en cuenta corriente á la fortuna, como si digéramos, á la estrella de cada individuo. Yo que siempre gasté sondas de mayores proporciones que las ordinarias para dar con el origen de ciertas causas, sigo entendiendo que todo ello es cuestión de sesada.

Hay, en efecto, inteligencias que, no bien comienzan su evolución, cautivan por su paso marcial y por el arte esquisito con que se alían sus cuatro trápitos, convirtiéndolos en púrpuras de altísima realza. Hay otras, por el contrario, que apenas pueden dar un paso sin lazarillo y siempre andan tapando sus desnudeces y fallas con añadidos y ropas de desecho. Y, claro, aquellas, por condiciones especialísimas de densidad, flotan perennemente sobre los elementos sociales, mientras que estas, por leyes de la gravitación, se van irremediabilmente al fondo; cuestión nada más que de fósforo, en cantidad y calidad. ¡Y dispongo yo de tan escasas existencias de este dichoso metaloide!

Sin darme cuenta de ello, me va resultando una

autobiografía soslayada, con salsa de inmortales, y no es esto lo que me he propuesto. Lo que yo quiero hacer es una semblanza que arranque esta confesión, al primer golpe de vista, á los que la contemplan: «esos rasgos, esa entonación, esa armonía de líneas y detalles, reveladores de una gran excelsitud de espíritu, de soberbias fulguraciones intelectuales, de hidalguías del corazón y de amarguras cristianamente llevadas, son pedazos del alma del poeta, son y reproducen en carne viva á Balart.

Y no le den ustedes vueltas; todos sus biógrafos y apologistas, que han de ser tantos cuantos hayan saboreado su prosa de mozo y su poética de viejo, dispondrán de más y mejores colores que los que tengo en mi paleta; pondrán en su labor más arte, más atracción; pero me río yo de estos y de otros primores, porque no habrá un inteligente que no eche de menos en la semblanza ejecutada por aquellos algo muy esencial que dará gran entonación á la mía; y ese algo, que no se comprende si no se sintió y mamó, es el ambiente de la tierra nativa que exige color y pinceles regionales.

Van ustedes á convencerse de ello.

Eusebio Blasco, camarada suyo de redacción, ¿qué digo de redacción?, de la barricada famosa del *Gil Blas*, desde la que tanta metralla recibieron instituciones y gobiernos que ya pasaron, lo conocí—él lo dice—el último día en que anduvo de prisa y sin cojear, esto es, á los treinta y cinco años, cuando todavía centelleaban sus brillantes ojos de africano en aquella faz de tez morena, coronada por sedosa cabellera negra como la mora.

Verdad es que muy luego, más que camarada, más que amigo, fué hermano suyo del alma, y que en su propio hogar, iluminado por la belleza y la

religión de desposada de aquella Dolores, que más tarde había de inmortalizarse con la inmortalidad del hombre amado, recogió, junto al lecho en que lo confinaran accidentes del honor, tesoros sin cuento de impresiones é intimidades con que hacer un admirable boceto. Pero nada más que de medio cuerpo arriba.

Y ni esto siquiera consiguió el malogrado Orti y Brull al glosar la obra incomparable del poeta; porque supo penetrar en su entraña, es cierto, terciando lo divino con lo humano; pero aquel trabajo suyo fué no más que una preciosa instantánea con la que dió á conocer á Balart en horas de transición, en un breve paréntesis de su vida.

Leopoldo Alas pudo decir y hacer menos: sorprendido por la transformación inesperada del crítico eminente en poeta rezagado de nuestro siglo de oro, se salió de madre—que es salirse *Clarín*—y quiso recordar en el poema novísimo, por sus gallardías de concepto, pureza de sentimiento y ternuras de expresión, la lira del poeta Rey, y la unción y majestad también de la musa que inspirara á los iluminados Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Pero nada más.

Y nada más podían hacer estos ilustres publicistas, porque, unos, le conocieron mozo bien granado ya; otros, cuando de su escultural cabeza quedaran solo restos del ornamento de sus cabellos; muchos, llegaron á él á tiempo no más de contemplarle llorando por dentro y recitando esta admirable dolora:

Entre oscuros cipreses ven las aves

Una tumba ignorada.

Para dos fué labrada, ¡tú lo sabes!

¡Para dos fué labrada!

Pero ¿quién de estos conoció las primicias de su

vida, las diversas orientaciones de su espíritu antes de hacerse á alta mar, ni los rasgos más acentuados de su caracter antes de aplomarse sus pasmosas energías? Todo esto lo ignoran cuantos le encontraron á mitad de jornada, y todo esto precisamente es lo que nos sabemos al dedillo los que con él bebimos la rica agua del Segura y contemplamos el paraiso murciano desde la jigante torre de su catedral.

Aquí están, pues, los comprobantes. ¡Quién sabe si algún día podrán ser utilizados por cronistas de la jornada literaria realizada en la segunda mitad del siglo diez y nueve!

¡Cuántos consejos de familia hubieron de celebrarse en Pliego, villa modestísima en qué nació Balart el 22 de Octubre de 1831, y cuántas luchas las libradas por el amor de madre, para poner en quilla aquella inteligencia en sazón ya para el estudio! En un tris estuvo que el mozuelo no ingresara en alguna academia militar. El padre, veterano de la mejor cepa, anhelaba verse reproducido en el hijo con sus alientos y bravura. La buena madre, á la que todos los dedos se la figuraban huéspedes, esto es, mutilados de la guerra, si es que de ahí no pasaban, concluyó por plantarse, y denodadamente le desvió de la carrera de los héroes.

Nueva orientación. ¿Cuál? La de ingeniero. ¡Qué horror! Atiborrar de matemáticas á un espíritu predestinado á engolfarse en los senos de la inspiración y de la poesía. Afortunadamente para él, vino á interponerse la Providencia en carne de amigo íntimo de la familia y no se consumó el error. Aquel amigo lloraba entonces el suicidio de su hijo amantísimo, en quien la vergüenza de verse reprobado en el segundo semestre de su carrera puso el arma fatal en sus manos; hubo de recordarles su

tragedia, y no se necesitó más para que aquella medrosísima madre pusiera el veto á la ingeniería.

Tercer golpe: después de innumerables cabildeos y hasta de averiguar si en el ramo de escolares de jurisprudencia se daban también suicidas, hubo de acordarse dedicarlo á la carrera de derecho. En ella se matriculó, pero pronto pudo persuadirse Balart de que el estudio de las Decretales se le subían á la cabeza y cortó por lo sano, filiándose en la Facultad de Filosofía y Letras.

Llegó á la cima, obteniendo el papel casi siempre mojado de los títulos universitarios, y se encontró entonces poco menos que en el arroyo, por hallarse tan escaso de recursos como sobrado de desganas para bullir y pordiosearlos. Su carácter comenzaba ya á tener la tiesura de su cuerpo. Y por esa misma tiesura, pero de noble estirpe, vamos, de la que gastan los hombres que saben donde tienen emplazados la consecuencia y el decoro, aquel destino de auxiliar del ministerio de Fomento, que aceptó por serle ofrecido reiteradamente, hubo de perderle apenas pusieron á prueba esa misma consecuencia y ese decoro suyos. Alcalá Galiano, ministro á la sazón, le arrancó los galones administrativos por la grave irreverencia de negarse á dar su voto al candidato ministerial en unas elecciones generales.

Balart quedó de plaza desmontada; pero pequeño fué el desquite que bien pronto le proporcionaron sus buenos amigos.

Debía celebrarse por entonces la renovación de cargos en la junta del Ateneo; pusiéronse al habla los demócratas, se dieron el santo y seña, y tales mañas descubrió el noblote D. Manuel Safont, que lograra matar dos pájaros de una pedrada. Alcalá Galiano, presidente, fué descartado de la combinación, y Ba-

lart recibía la investidura de secretario de la docta asamblea. La polacada hubo de salir un poquito desigual al ministro. Balart quedaba desagraviado.

Y en el Ateneo comienza su vida literaria, que es vida de éxitos y de glorificación, abriantados por la honradez de sus ideales y por la austeridad de sus convicciones.

Crítico literario de *La Democracia*, su firma alcanzó tal autoridad que bien pronto se ganó el vasallaje del mundo literario. De tonos un sí es no es volterianos solían resultarle sus trabajos primorosísimos, pero había en ellos tanto arte, tal galanura y tan copiosa erudición, que fácilmente se le perdonaban estos deslabazamientos de espíritu.

No fué tan indulgente con ellos cierto prócer político, á quien, con la última frase del primer artículo que escribió en *Gil Blas* clavárale dardo agudísimo en mitad de la yema de su amor propio. Balart fué retado, y en el terreno del honor perdió para siempre el garbo y marcialidad de su porte, tan marcial y garboso como su corazón. Una bala le perforó el pie, y á la cama con él durante dos meses mortales.

Y junto á su cama, en la que, como dice Blasco, se recomía de verse postrado, tuvo este la aparición de aquella esposa amada, por la que el poeta ha arrancado á la lira española notas de sentimiento tan tocadas de lo divino, que ni la opinión pública ni la historia, por mucho que se alarguen, podrán valorarlas en su justo precio. Allí, sí, allí se apareció á Blasco la dulce compañera de Balart, en la plenitud de su belleza arábica y con los signos todos de la voluntaria é inefable esclavitud del amor.

Pero dejemos al propio Blasco que nos dé cuenta de sus impresiones, pues lo hace con sobriedad que

enamora y poniendo en la frase sus cinco sentidos de artista.

«Era la Dolores, á quien me parece estar viendo
 «con su bata roja y la mano apoyada en la cabecera
 «de la cama mirándose en su hombre, una esbelta
 «mujer andaluza, sevillana pura, negros los cabe-
 «llos, peinados hácia atrás y pidiendo claveles, la
 «color blanca, los ojos negros y vivos, un ligerísimo
 «bozo sobre los rojos labios, alta, bien hecha, el
 «talle breve, los pies como de su tierra, la presen-
 «cia serrana y el andar garboso. Y á todas estas
 «gracias unía, durante la enfermedad del escritor,
 «una abnegación, un amor tan extraordinario, que
 «no hay palabras con que describirlos. Dos me-
 «ses pasó sin desnudarse y, á semejanza de la
 «Reyna Católica, que juró, según fama, no mudar
 «de ropa hasta lograrse la conquista de Granada,
 «Dolores conservó la suya sin acostarse ni comer á
 «la mesa mientras Balart no estuviese en pie.»

Carne de heroína, ¿es verdad? Pero á bien que no se quedó corto el poeta en remunerar abnegación tan probada; que el nombre de Dolores inmortalizado está ya en el grandioso monumento erigido por el desolado esposo en la cúspide de las letras españolas. Mucho amó Dolores, es verdad; pero su memoria sacratísima esculpida la deja su Federico en los anales de la literatura universal.

Un cabo suelto me queda de aquel lance de honor que tan caro costó al poeta. Con suprimir la última palabra pudo evitarse aquel. Gran empeño puso en ello el gran Blasco, pero Luis Rivera, sin acuerdo previo con Balart, sacó el Cristo de su cargo jerárquico y se opuso á toda mutilación. El texto salió, en efecto, íntegro; pero el escritor por poco si pierde su fé de vida. Genialidades de los reyes del periodismo.

Algún tiempo después de estos sucesos, Balart se separaba de aquella redacción en la que entró bueno y de la que salió inválido, pero saliendo como él lo ha hecho siempre por la puerta grande, por haberse publicado dos artículos, uno contra Juárez, el dictador mejicano, y otro contra Victor Manuel, suscritos por personalidad de puertas afuera. Y fueron inútiles todos los ruegos y excusas del propio Director, Rivera, para que revocase su resolución.

Ahora, allá va este detalle, que es toda una revelación del carácter de Balart. Al despedirse de las tareas del periódico, renunciaba á los treinta duros mensuales con que remuneraban su fina labor. Esos treinta duros mensuales eran la única cantidad que figuraba en su presupuesto de ingresos. Conque, digo, si las gastaba de oro el tieso murcianico.

Pero como Dios, si aprieta, rara vez ahoga, y el talento y la honradez siempre encuentran puerta abierta y mantel desdoblado que les brinden hogar y pan, uno y otro tuvo bien pronto á la mano Balart. Regresaba á la sazón de Paris, de tirar líneas revolucionarias con Castelar y Martos, el incansable Asquerino; se había acordado la creación de un nuevo periódico, *El Universal*; le ofreció su jefatura, y la aceptó, sí, pero con condiciones, todas admitidas y, entre otras, la de que el programa del periódico había de ser redactado por D. Nicolás Rivero.

Campana brillantísima fué la suya en funciones de Director; lucha asombrosa la de aquella pluma de diamante con todos y contra todos los elementos del entonces decadente doctrinarismo; ni una sola vez vaciló su espíritu; vivió en perpétuo reto, y salvó el pellejo no sé como, seguramente porque su angel le reservaba para reedificar con la pluma y con sus ejemplaridades lo que en plena juventud demolió.

Pero si el escritor escapó con ligeros rasguños en la piel, no así sus artículos y sueltos de los que ni uno solo dejó de ser rasurado pelo arriba por el lapiz del incansable fiscal.

Y tanta y tan ruda brega ¿para qué? Pues, para que al triunfar la revolución recogiesen otros el fruto de lo mucho que él, á riesgo permanente, sembrara. Los demócratas teóricos, vamos los de legítima ganadería hojalatera, perdían el pelo por dar dentelladas al turrón patriótico y formaban cola en las antesalas de los ministerios. En cambio, Balart, espíritu siempre ámplio, desinteresado y superior á los éxitos de las orgías políticas, se contentó con dirigir á Asquerino estas palabras memorables: «Han triunfado ustedes; para nada me necesitan ya y me voy á mi casa.»

Y esta, como todas sus resoluciones, fué irrevocable. Nunca se disfrazó de espartano, porque tenía sangre y encarnadura de los hijos de Esparta.

Comenzaba á hastiarse de los infundios políticos, cuando Rivero lo arrancó de sus soledades para confiarle la subsecretaría del ministerio de la Gobernación. Más tarde, por exigencias de Castelar, á las que defirió en virtud de mandato expreso del propio D. Nicolás y de Martos, aceptó el puesto de Consejero de Estado, pero el primer toque de clarín anunciador de los golpes de tralla asestados por un general contra la llamada representación nacional coincidió con su secularización civil.

En 1874, pues, cortaba cuentas con el pasado, pero tan de veras, que se negó á aceptar el puesto de diputado á Cortes por Pego; renunció, después de publicado en La Gaceta, el decreto de su confirmación en el cargo de Consejero suscrito por Sagasta, y dió un solemne adiós á Castelar, pero no sin leerle

antes las páginas proféticas de su trascendental evolución y futuro licenciamiento de sus huestes.

Restituido al querido hogar, ¡qué sorpresa tan dolorosa!, un día oyó tocar á muerto; era el 25 de Junio de 1879; el muerto era su esposa; su Dolores había volado á la eternidad.

En esas dos fechas, 1874 y 1879, se realizaron los dos grandes eclipses de la vida del poeta.

El primero lo bendicen las letras españolas, porque allá, junto al amor de sus amores, recibiendo caricias sin medida y viviendo para los dos, elaboró trabajos de crítica, en los que con menos abstrusa filosofía que Revilla, sí, pero en forma más peregrina y de una trascendencia sustancial, tocó todos los registros de la estética y ponderó con precisión de mecánico consumado las fuerzas todas de la literatura nacional.

El segundo eclipse lo santificó Dios, y Balart debe su redención á los éxtasis de su gran dolor. Comenzó á sentir como hombre. Alguien, conocedor de sus vehemencias, temió que el hombre se tornara fiera; pero un eco lejano sin duda, que él solo oyó, que vibró en su alma, trasfigurándola, la voz de su Dolores que le anunciaba desposorios inmortales, aventó la tormenta pasional que rugía en aquel dislocado cerebro, y las imprecaciones que estuvieron á punto de desbordarse de sus labios convirtieron en uncionada plegaria.

El volteriano rezó, y sobre la mesa de su despacho ocuparon desde entonces sitio preferentísimo la *Guía de Pecadores* de Fray Luis de Granada y la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis.

Algunos meses después, un ilustre escritor, cuyo nombre queda estampado ya, entraba casi automáticamente en la iglesia de San Ginés, cuando las

campanas tocaban á misa de nueve, y dirigía sus pasos hácia la capilla, oscura y triste como pocas, del Santo Cristo al que tan especial veneración profesan los madrileños.

«Allí, solo—son las mismas palabras del testigo de esta edificante escena,—envuelto en la sombra, había un hombre de rodillas, rezando con tal unción, que no pude por menos de fijarme en él. No solo rezaba en verdadero arrobamiento, sino que, de vez en cuando, besaba humildemente el suelo. Aquel hombre era el antiguo revolucionario, aquel hombre era Balart.»

Rezando y suspirando por el bien perdido, tachando errores de su vida y restaurando su fé nublada, y negándose á todo comercio humano con aquellos que festejaránle un día por sus humorismos y jactancias de despreocupado, pasó nueve años. Sin duda, necesitaba de todo ese tiempo para indemnizar á su Dios y á su Dolores, y al mundo efectivamente se lo robó para consagrarlo á su Dolores y á su Dios.

Se ausentó de entre nosotros cuando á todos maravillaba con sus arrogantes creaciones en la esfera innovada de la crítica. Vuelve á nosotros con lira de querubines en sus manos, pero con lira que solo tiene armonías para comunicarse con la muerta adorada y cantar himnos de creyente fervoroso á la Divinidad.

No es ya, gracias á la mujer cristiana que le amó en la tierra y le confortó desde el cielo, el hombre que quiere suprimirse impiamente. Es el espíritu tocado por la gracia que en la muerte espera para salir de una dolorosa pesadilla y despertar en la realización de sus cristianas esperanzas.

Por eso, en versos que trasudan ansias infinitas,

solamente sentidas por los que miran al cielo, murmura plácidamente Balart:

Ven, muerte, tan escondida,
Que no te sienta venir,
Porque el placer de morir
No me torne á dar la vida.

Quien así llama á la muerte merece ser inmortal.

LUIS SIBONI.

AL INSIGNE POETA Y CRÍTICO
FEDERICO BALART

No ha roto, no, la muerte aquellos lazos
Que contigo me unieron;
Ecos del alma tuya son los trazos
Que en tus hermosos libros se imprimieron.

Tu grande ingenio en ellos resplandece,
Caro, inmortal amigo;
Y así, cuando te leo, me parece
Que aun me hablas y que aun puedo hablar contigo.

ANGEL AVILÉS.

Á BALART

Para hacerte agradable mi sentimiento
Escojo la cadencia que tanto adoras,
El molde donde imprimes tu pensamiento,
La música en que, á gritos, cantas y lloras.

Metro que, recordando la seguidilla,
Me despierta memorias, ya venerandas;
Con dejos del murciano canto de trilla
Y ecos adormecidos de las parrandas.

Me recuerda los huertos y, al fondo, el monte,
Las curvas y remansos que forma el río,
La miés que anima en haces el horizonte
Sobre el oscuro verde que dá el plantío.

Tras de las alamedas los olivares;
El sol, disuelto en chispas, bajo la parra;
Aire tibio de rosas y de azahares
Y sonos quejumbrosos de la guitarra.

Al ver cuanto se abarca desde la torre,
No es natural que en dichas mi canto irradie;
Todo se marcha al paso que el tiempo corre,
Y en Murcia no me queda ya casi nadie!

¡Qué nube de tristezas en mi levanta
El enjambre de chozas y caseríos
Y la ermita del monte de la Fuensanta
Sobre lomas y valles, campos y ríos!

Cuando tibía la sangre corre en las venas
 Y pasan por el alma noches y días,
 Los goces ya lejanos se vuelven penas
 Y tienen sabor triste las alegrías.

Una de esas bandadas de gente moza,
 Que llegan á la corte con alma sana,
 Á cultivar su ingenio libre de broza,
 Que dé flores y frutos para mañana,

Ha venido á sacarme de mi retiro,
 Y acepto su mandato con gozo intenso,
 Para que yo te diga con breve giro
 Todo lo que tú sabes que de tí pienso.

El grupo de amistades bien enlazadas,
 Al darte los laureles que has conquistado,
 Me sugiere el recuerdo de otras bandadas
 En torno de poetas que ya han volado.

Selgas, con sus historias multicolores
 De las rosas, los nardos y los claveles,
 Ha libado los zumos que dan las flores,
 Y por eso sus cantos destilan mieles.

Gisbert, todo lo abarca con su talento,
 Lenguas, ciencias exactas, filosofía;
 Y son en él las muestras del desaliento
 Horas afortunadas de poesía.

Arnao, fué poeta, fué literato
 Dulce, tierno, creyente, de fé sincera:
 En cada frase suya va su retrato;
 Llevó toda la vida su alma por fuera.

Monroy, rico tesoro de inspiraciones,
 Salió mostrando al mundo su fantasía;
 Pero las fuertes notas de sus canciones
 Fueron pronto suspiros de su agonía.

El, que cruzó este mundo tan de pasada,
En busca de otra vida que no perece,
Entre tú y yo, con llanto, dejó sembrada
Una amistad muy firme que no envejece.

Afecto, desde entonces, nunca turbado,
Por más que ya la fecha resulte léjos;
Amistad cariñosa que tú has pagado
Con la noble moneda de tus consejos.

Desde que, al ver la fama, cegué á su brillo
Y ascender á la cumbre pretendí en vano,
Haciendo tú las veces de lazarillo,
En todos los tropiezos hallé tu mano.

El afecto, á que un día tus puertas abras,
Ya tiene para siempre tu alma completa;
Lo mismo son tus hechos que tus palabras;
El hombre vale tanto como el poeta.

Frecuentando tu casa con el respeto
Del que en todas tus obras vió fondo y brío,
He admirado tus dichas en lo secreto
Del hogar amoroso que hoy está frío.

No temas que mi pluma pretenda vana
Ensalzar el idilio de tus amores;
La voz de los extraños es voz profana;
Solo tus gritos llegan á tu Dolores.

Pero deja tan solo que me haga cargo
Del trance en que, tu vida casi extinguida,
Estuviste por tiempo... largo ¡muy largo!
¡Más cerca de la muerte que de la vida!

Y ella, con la impaciencia de quien bien ama,
Sin querer, ni un instante, dejar de verte,
Pasó días y noches junto á tu cama,
¡Más léjos de la vida que de la muerte!

¡Ella en pié, tú en el lecho con calentura
 Y, al correr el saludo, mano tras mano,
 La misma ardiente y seca temperatura!
 ¿Quién era el moribundo ni quién el sano?

¡Felicidad suprema, cuadro dichoso
 Que merece laureles, mirtos y palmas!
 ¡Realizar el encaje maravilloso
 Que entrelaza los cuerpos y une las almas!

Su nombre con el tuyo siempre ligado
 Repetirán futuras generaciones;
 Para el amor eterno por tí cantado
 Siempre serán altares los corazones.

Ya tienes conseguido tu ardiente anhelo
 De hacer unión perpétua la transitoria:
 La pasión de Dolores te abrirá el cielo
 Y, juntos, será eterna tu ansiada gloria.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

UNA TARDE CON BALART

¡Cómo no había de conocer y admirar á Balart si á los diez y siete años era uno de mis Mentores políticos y literarios!

Podía faltar á clase un día entre semana (habrá quién se complazca seguramente en decir que faltaba bastantes) pero os juro por lo más sagrado, que ni un solo domingo por la tarde faltaba yo en el Café Imperial, dónde me presentaba después de realizar dos compras: un cigarro puro que se hombreaba conmigo en estatura y el *Gil Blas*, periódico republicano redactado por Rivera, Palacio, Robert, Balart, Eusebio Blasco... los infelices que se usaban entonces.

Y en el Café Imperial, entre *chupos* de café, tragantadas de república y ánsias de muerte que me producía el gigantesco cigarro, pasaba una tarde deliciosa.

Ni entonces ni nunca traté á Balart, porque los murcianos somos así, despegadillos y malos jueces unos de otros; y como resultado de esto, se nos puede aplicar perfectamente aquello de «iban dos por tres calles y se empujaban».

Pero andando el tiempo y ya muy lleno yo de las negruras y tristezas que la lucha por el solomillo proporciona á los que no podemos ver los garban-

zos, encontré una tarde á D. Federico en Fornos en un círculo de amigos.

Con el *exquisito tacto* que he tenido toda mi vida, lo primero que hice fué hablarle mal de la ópera italiana, que fué como si le hubiera pisado un callo.

D. Federico se resolvió prestamente en defensa de la pobre *Luccia* á quien yo había dado villanamente un *metido*, y sus réplicas vivas y precisas me desconcertaron y me hicieron comprender que no estaba en presencia de uno de tantos disertadores de mesa de café.

Mi última objeción fué la siguiente:

—Con todo eso, D. Federico, no me negará usted que á los amigos del novio invitados á los esponsales, para darle la enhorabuena y manifestarle su alegría, se les ocurre entonar un tremendo canto guerrero...

—Porqué son guerreros ellos;—contestó Balart como un rayo.

Después cuando advirtió sin duda que me pesaba haber contrariado su afición, dió á su palabra un tono más íntimo y expansivo y me contó algunas cosas que yo he guardado en la memoria como joyas de inapreciable valor.

Habla D. Federico:

De como se prestan servicios al Estado:

—Era yo jovenzuelo y tenía un destinejo, no diré de mala muerte, pero sí de mala vida, en la Biblioteca Nacional.

Un día, los compañeros recibieron una noticia que no se atrevían á comunicarme de sopetón y que me fueron dando en pildoritas doradas.

Mi destinejo había sido prometido á un señor que *había tenido una librería*.

Esto, en aquellos tiempos, quería decir dos cosas;

primera, que aquel señor había tenido una biblioteca para su uso particular como hoy la tiene cualquiera; segunda, que yo podía darme por muerto ó por cesante desde el momento en que pretendía mi destino un señor que había tenido una librería.

Tanto pudo en mi la curiosidad, que averigüé que aquel bendito señor jamás había tenido la menor afición á los libros; pero se le murió un pariente que tenía en la Mancha y heredó, con un olivar, algunos trigales, una casa y un par de estantes llenos de libros. Dió orden de que éstos fueran vendidos en el pueblo, recibió su importe en Madrid y, con tan formidable antecedente, pretendió y obtuvo mi destino.

Y aquí empieza lo chusco.

Aquel señor se presentó en la sala de la Biblioteca donde yo había trabajado, miró y remiró atentamente puertas y ventanas, instaló una silla en el punto que le pareció más apartado de corrientes de aire y paso de visitantes; y con el brasero á los piés en invierno y el abanico en las manos en estío, comenzó á prestar servicios al Estado.

Como yo tenía que consultar algunos de los libros que en la sala había, para los estudios que traía entre manos, pedía tal ó cual volúmen y el hombre, levantando hácia mí su cara fresca y redonda, animada de la más plácida sonrisa, me contestaba lo mismo que á cualquier otro concurrente á la Biblioteca:

—No lo hay.

—¡Que no lo hay! Pero si lo había hace un mes!

—Sí, lo había. Pero se perdió.

—Perdone usted; desde aquí me parece que lo estoy viendo. Está en aquel estante, en la segunda tabla...

—Bueno; pues cójalo usted;—y sin descompo-

nerse ni dejar su sonrisa, volvía á abanicarse ó á echar *firmas* en el brasero.

*
* *

¡Pobre Federico!

Otros habrán producido en mayor cantidad que él; pero ninguno le igualó en talento y en buen gusto. Sabía remontarse y ver desde donde miran las águilas; todo aparecía á sus ojos limpio, neto, distinto; y así le era fácil explicarlo clara, lisa y llanamente. Su pensamiento baja como la lluvia del mismo cielo; su estilo permite contar las arenas del fondo como la linfa del arroyo.

FRANCISCO SERRANO DE LA PEDROSA.

¡DOLORES!

Á MI HERMANO DEL ALMA FEDERICO BALART

(EN LA APARICIÓN DE SU HERMOSO LIBRO DOLORES)

Con suave y celestial melancolía,
Y aquellos ojos dulces y risueños,
Fuensanta, visitándome entre sueños,
Este secreto, á solas, me confía.

«¡Que libro el de DOLORES! ¡que poesía!
Que raudal de tiernísimos empeños,
Tristes, consoladores y halagüeños
Cuando viva de tí los aprendía!»

«De Federico las lloradas flores
Serán eternas en la patria historia:
Pero aquí se conservan sus colores;

Pues renacen tan puras en la Gloria
Que no hay ángel que al ver á su Dolores
No le recite el libro de memoria.»

ANTONIO GRILO.

Á FEDERICO BALART

Como en piedra fría y dura,
Cuando el hierro la golpea,
Arde, brota y centellea
La luz que en chispas fulgura,

En tu alma severa y fría
De crítico y pensador,
Brotó, al golpe del dolor,
La llama de la poesía.

Tú, con arte soberano
De tu corazón salido,
Fuiste el cantor más sentido
Que tuvo el dolor humano,

Y de tal prestigio fueron
Tus versos encantadores,
Que lloraron tus DOLORES
Cuantos tus versos oyeron.

Hoy que por tí viste luto
La patria literatura
Y Murcia de su amargura
Te rinde amante tributo,

Quisiera yo, de igual suerte,
Aquel númen encontrar,
Para poderte cantar
Mis dolores por tu muerte.

CARLOS LUIS DE CUENCA.

DE NUESTRA JUVENTUD

Allá por el año 1847 (ayer fué la víspera) Federico y yo, que siempre hemos sido muy amigos, estudiábamos juntos el violin con D. José Calvo, padre del malogrado Julian, y tal era nuestra emulación, por ser los preferidos del Maestro, que este, conociéndolo así y en su deseo de alentarnos en el trabajo, nos designó un estudio de Fiorillo para que, una vez ejercitados suficientemente en él, lo tocáramos en su presencia, ofreciendo un premio para aquél de los dos que con mas perfección lo ejecutase.

Llegó el día de la prueba, comenzó á tocar Federico y en un pasage, relativamente difícil, se equivoca, cesa de tocar y se queda mirándome con una imponderable tristeza.

—¿A ver, Manolico?—dice D. José.—Arremete un servidor, con mas arrogancia que Paganini y al llegar al mismo pasage, miro á Federico para anonadarle y... ni Cristo pasó de la cruz, ni yo pasé de allí.

.

Los azares de la vida, nos hicieron tomar distinto rumbo, y en ese ir y venir de los hombres consa-

grados al trabajo constante, siempre que Federico y yo nos hemos encontrado, nuestro saludo ha sido este:

¿Te acuerdas de Fiorillo?

MANUEL FERNANDEZ CABALLERO.

DE NUESTRA JUVENTUD

Á LA MEMORIA DEL EMINENTE POETA

FEDERICO BALART

Las musas están de luto,
Las letras patrias de duelo,
Y España entera lamenta
Perder tan sublime ingenio.

Granada en mi débil lira
Espresa igual sentimiento;
Yo una siempre-viva humilde
Para su corona ofrezco.

ANTONIO J. AFÁN DE RIBERA.

(Granada)

EN HONOR DE BALART

—
Mi musa regocijada
No puede reir ahora.
Profundamente afectada
Recuerda á Balart y llora.

Dios sabe que por el muerto
Mis lágrimas son sinceras.
Yo pocas veces las vierto;
¡Pero si lloro es de veras!

Su bondad no se agotaba.
¡Mirad que bueno sería
Que el pobre hasta disfrutaba
Con los versos que yo hacía!

Vate de altísimo vuelo,
Tan culto como inspirado,
Era un crítico modelo,
Digno de ser imitado

Por muchos de los actuales,
Que no cumplen su misión
Sin ataques personales
De muy mala educación.

Literato inteligente
Y rimador exquisito,
Balart, decididamente
Fué mi escritor favorito.

Hay en su libro sin par
DOLORES, versos tan buenos,
Que aunque es pecado gozar
Con los dolores ajenos,

Aquí os confieso, señores,
Que he gozado desde chico
Con muchos de los DOLORES
Del pobre don Federico.

Sufrí, pues, moral quebranto
Cuando entregó su alma á Dios;
¡Porque bien sabe Dios cuánto
Nos queríamos los dos!

Y al ver que hoy se le honra ahí,
Mando mi hoja de laurel
¡Y me asocio desde aquí
Al que lllore más por él!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

BALART

Ha muerto en Madrid D. Federico Balart. España por eso está de luto. Era hoy el primero de sus poetas vivos; era también el primero de sus críticos literarios.

En todas partes por eso, se llorará la desaparición del melancólico cantor de su *Dolores*. En todas partes se lamentará la pérdida del insigne peregrino ingenio cuyos *Horizontes* han ofrecido á los espíritus amantes de lo bello tantas puras y educadoras impresiones.

Yo también quiero dedicar al gran D. Federico mi modestísimo recuerdo; yo también quiero dar á mi tributo el homenaje de la publicidad.

A ello me impulsa mi devoción por los poetas; á ello me impele recordar que para el ilustre Balart, no era Motril ni extraño ni desconocido; á ello, y por el cielo que esto no se tome como vanidad, me obliga también la gratitud.

Yo admiraba á Balart. Yo, como todo aquel que siquiera lee periódicos, no podía dejar de sentir honda veneración por aquel hombre que parecía inspirado por la Musa de la tristeza y que en los albores de su gloriosa ancianidad lloraba la muerte de su esposa, según decía con suavísima cadencia,

Como ruiseñor sin nido
Que vuela por la pradera,
Conturbado y dolorido
Con el recuerdo querido
De su pobre compañera.

Yo admiraba á aquel ingenio que expresaba las más profundas concepciones con esa sencillez inimitable característica de los grandes escritores, tan opuesta á la gárrula palabrería de los que representan la inacabable escuela de lo cursi en la para tantos escalada tribuna de las letras.

Ved, en efecto como del ateísmo se mofaba:

Conoce al pastor la grey,
Conoce el siervo al señor,
Conoce al gañan el buey;
Y tú, que encuentras la ley,
Niegas al Legislador.

Ved como concluye su admirable soneto *La Lucha*:

Si hay que imponer ó que sufrir el yugo,
Entre verdugo y víctima, Dios mío,
Víctima quiero ser y no verdugo.

Ved que otra conclusión la de la poesía *Desaliento*:

Llorando á solas contigo
Por dar alivio á mi afán,
Yo los beso y los bendigo:
Cuando me entierren contigo
Con ellos me enterrarán.

De tan largo padecer
Estoy macilento y cano:
Cuando me vuelvas á ver,
Si no los llevo en la mano
No me vas á conocer.

Pues bien: encontrábame accidentalmente en

Murcia, hace año y medio y de allí había de salir para Madrid. Y por causa de esa ocasión, un distinguido y cultísimo poeta de la capital del Segura, el coronel de Artillería D. Cárlos Cano, autor de multitud de libros muy afamados y de una porción de versos muy leídos, quiso añadir á las inolvidables pruebas de afecto con que inició la cordialísima y sincera relación que hoy para honra mía nos une, la de remitirme á su pariente el eximio D. Federico Balart.

Las noches en el tren me infunden una tristeza invencible. El contorno medroso de árboles y montes apareciendo en las sombras á través de las cuales vagamos desorientados como por regiones misteriosas y la mareante y casi fantástica visión de los postes telegráficos, me hacen siempre cerrar los ojos para no ver otra cosa que la intimidad del pensamiento. Y como mi pensamiento en esas ocasiones elabora ideas que adquieren, por tener ya hábito de ello, métrica expresión, cuando llegué á Madrid, llevé como exceso de bagaje mental unas quintillas que pretendían ser lamartinianas y que tituladas *El tren* fueron escritas para leérselas nada menos que á Balart.

Vivía entonces D. Federico en la calle de la Princesa. Llegué á su casa y entré en una nada lujosa habitación donde él, viejecito de cabellos canos y de barba blanca, despedía afabilísimamente á un señor simpático, narigudo y también cano, diciéndole que le llevara un beso á Magdalena. Era Grilo.

Balart me miró con gesto duro áspero, huraño; y sin disimular en aquella su fisonomía que recordaba la de Victor Hugo, la contrariedad que experimentaba al vérselas con un desconocido que acaso iba á importunarle, me dijo secamente.

—Usted dirá.

—¿No ha recibido usted—le dije yo, atragantándose la palabra—una carta de D. Carlos Cano?

La cara de D. Federico adquirió repentinamente una atrayente y simpática dulzura.

—Siéntese usted aquí. Más cerca. Más cerca.

Y en afectuosísimo coloquio, hablamos de Murcia y de sus poetas y de sus fiestas literarias y de la literatura andaluza. Y...

—Lea, lea usted.

Y le leí las quintillas.

Balart las escuchó con una impeturbabilidad aterradora. Cuando acabé la lectura, no quise mirarle el rostro. En vez de signo de aprobación, me figuré que me iba á encontrar con un bostezo.

—Esto no le ha gustado, verdad?

—No señor. No me ha gustado. Lea usted otra cosa.

Y anudado el sentimiento en la garganta y con la boca más amarga que la tuera leí otra cosa.

La cara del maestro entonces fué también otra cosa.

Quiso el cielo que la emoción que yo sentía lograra interesarle y por eso, cuando concluí mi segunda lectura, los labios de Balart me sonreían, los ojos de Balart me miraban húmedos y complacidos, la mano de Balart me acariciaba el cuello, la voz de Balart me dijo con simpática espontaneidad esta frase cariñosa que considero como mi mayor triunfo literario:

—Léeme eso otra vez.

Y no tuve más remedio que disponerme á hacerlo.

—Espérate.

Se levantó para que trajeran una luz y aproveché aquel momento para curiosear aquel gabinetito donde me había recibido.

Un sillón ante una mesa. En la mesa un libro. El libro el Quijote. Cuadros que reproducían en litografía lienzos de Villegas con dedicatorias de éste; un divan y cuatro sillas.

¡Ah! y un dibujo (creo que de Ferrant) que retrataba una mujer agonizando. Sería la agonía de Dolores.

Volvió D. Federico cojeando y volvió á decirme lo que antes.

—Léame eso otra vez.

Y como alentado por la aprobación entusiasta del maestro me corriera una *mijita* y rimbombara un poco mi recitación, no dejó de decirme que antes había leído con más sinceridad.

Leí otras cosas y me dispensó el honor de quedarse con algo de lo que leí. De *El Tren* me dijo que lo dejara descarrilado. Excuso decir que aquellas malhadadas quintillas han desaparecido hasta de mi memoria.

Pero vamos á lo más singular. Acabada la parte literaria, me preguntó si yo era hijo de D. Gaspar Esteva Moran; me habló de D. Manuel Hernández, me preguntó por Malospelos, me habló, en una palabra, de Motril. ¿Por qué? Los periódicos han dicho que fué diputado á Córtes por ese distrito. El me dijo que siendo subsecretario de la Presidencia del Consejo, «la política le hizo comunicarse con Motril y con los motrileños». No me pareció lícito preguntarle los motivos.

Me levanté y me llevó hácia la puerta de su piso segundo, diciéndome afectuoso:

—Que no te vayas sin volver á verme.

Volví en efecto. Pero volví con Luis Calvo Revilla: y le encontramos en aquel sillón donde pasaba el día y donde, pues no podía ya acostarse, dormía de noche. Leía en el Quijote.

La entrevista estuvo dedicada á los poetas festivos contemporáneos. Calvo recitó un canto modernista de no recuerdo quien; yo unos epigramas de autor anónimo y él—¡qué extrañeza tan grande para mi!— él, el autor de las tristísimas rimas á «Dolores», nos recitó lleno de fruición una larguísima tirada de versos de Pérez Zúñiga.

Me despedí de él y aseguró, aludiendo á sus achaques, que ya no le volvería á ver más. Así ha sucedido.

Desde entónces hasta la hora de su muerte no sé que haya escrito más que unos versos á Castelar. En ellos hablando de la luz, decía que para hacerla dijo Dios: «¡Que la luz sea!» pero que por eso, «antes que la luz, fué la palabra».

La suya ya no nos queda más que en sus escritos. En ellos será luz inmortal.

Luz perpétua brille también para él.

De todo corazón lo ansío yo que en estas líneas dedico este recuerdo de amorosa gratitud al insigne poeta, que me dispensó el honor de no desaprobarme todos mis versos y que de Motril y de los motrileños supo hablarme.

GASPAR ESTEVA.

(Motril)

À FEDERICO BALART

Tan humilde es mi cantar
Que me humillo y me resigno,
Sino se le juzga digno
De aquel que quiero ensalzar.
Pero lo he de recitar
Aunque no gane la palma,
Porque está escrito en la calma
Del silencio y del encanto,
Y las notas de este canto
Son lágrimas de mi alma.

Y si lágrimas no son
Estos pobres versos míos,
Porque sus conceptos frios
No llegan al corazón;
Que sean humillación,
Ofrenda, tributo humano,
Hoja de laurel galano
Del más profundo deseo
De un admirador pígameo
De aquel genio soberano.

Celebramos aquí un duelo
Que nos sume en doble luto,
Pues al rendir el tributo
Que demanda nuestro anhelo,
Sentimos el desconsuelo
Del amigo y el murciano,
Porque el númen soberano,
Digno de la pátria historia,
Era de Murcia una gloria
Y de nosotros hermano.

El amor de sus amores
Que en un libro compendió,
Amante lo resumió
En un nombre, en su «Dolores».
De su suerte en los rigores
No vertió impías querellas...
¡Creyó! y siguiendo las huellas
De su trazado destino,
Al morir, cruzó el divino
Piélago de las estrellas.

Y allá estará en lo inmortal
Gozando dicha suprema
Con la esplendente diadema
De su sufrir sin igual;
En el goce celestial
Probará santos dulzores,
Pero aquí, entre sus mejores
Versos vivirá admirado,
Como eterno enamorado,
En su poema «Dolores».

Aquellas reliquias santas:
Libro cabello y rosario,
Que él guardaba en un armario,
Escogidas entre tantas,
Las tendrá en las sacrosantas
Mansiones del sumo Ser,
Para que al volverlo á ver,
No ya macilento y cano,
Como las tendrá en la mano,
Le podamos conocer.

JOSÈ MARTINEZ TORNEL.

(Murcia)

EL LLANTO DE BALART

Ya rasgaste las sombras del misterio,
Plañidero cantor de los dolores;
Ya duermes tú también bajo unas flores
En el hondo rincón del cementerio.

La muerte avara sujetó á su imperio
Tus dudas, tus afanes, tus amores,
Y te dió la quietud y á los rigores
De tus penas y heridas fué cauterio.

Todo lo arrebató la tumba fría:
Las esperanzas que soñaste un día,
Tu poder, tu vigor...¡ solo nos deja

Para vivir la vida perdurable,
De tu dolor el llanto inmensurable;
El eco triste de tu amarga queja.

MANUEL LASSA.

(Zaragoza)

FEDERICO BALART

La literatura española está de duelo. Ha muerto *el maestro*, ha muerto don Federico Balart, autor de la inspiradísima obra «Dolores», de la crítica de la restauración de San Francisco el Grande, y de tantos otros trabajos, suficientes cada uno por sí solo para formar una reputación envidiable.

Ha muerto Federico Balart y con él ha perdido España uno de sus hijos que más la honraban por su gran cultura, por su ilustración vastísima y su inteligencia de sabio.

Estaba reputado como el mejor crítico de bellas artes de nuestra época y acreditó su fama de escritor con los trabajos que hizo públicos, en la segunda mitad del siglo XIX en los periódicos *La Democracia*, *La Verdad*, *El Universo*, *La Constitución*, *El Imparcial*, *La América* y otros. Obras ha publicado pocas: la ya citada *Dolores*, *Horizontes*, *El prosaismo en el Arte*, y alguna otra, tal vez, que no recuerdo, porque *don Federico* tenía, en sus últimos años sobre todo, un gran defecto: el de la indolencia.

—Tú tienes que dar larga cuenta á Dios de lo mucho bueno que has dejado de hacer, le decía yo no hace mucho tiempo, animándole para que dejara su inercia habitual, y él sonriendo maliciosamente contestaba:

—De lo que he de dar cuenta es de lo mucho malo que hice.

Y no era así: porque Federico Balart fué siempre honrado, caballero, noble y justo.

Militó en el partido democrático; fué diputado en 1869, redactando el preámbulo al proyecto de ley de abolición de la esclavitud en Puerto Rico, trabajo notabilísimo como otros muchos oficiales que hizo siendo subsecretario del Ministerio de la Gobernación.

En 1891 fué elegido individuo de la Academia Española, pero no llegó á tomar posesión, por dejar de un día para otro la redacción del discurso de recepción.

Su palabra era amenísima á la vez que instructiva. Muchas noches al visitarle en su casa de la calle de la Princesa, alargaba mi estancia junto á él hasta altas horas de la madrugada, porque me detenía allí mi hijo Juan, entonces niño, que le escuchaba con el mayor deleite, ya hablase de literatura, ya de historia ó ciencias.

Cuando regresé de Filipinas dí lectura *al maestro* de mis obras inéditas «Estudios», de aquél hermoso país y «Bloqueo y sitio de Manila» y don Federico me abrazó, llenándome de orgullo y gratitud.

España está de duelo, ha perdido uno de sus hijos que más valían; de esos que quedan pocos y desgraciadamente no tienen reemplazo. El autor de estas líneas ha perdido al pariente queridísimo, al amigo leal, al ilustrado consejero.

¡Descanse en paz su alma!

JOSÉ ROCA DE TOGORES

(Salamanca)

A BALART

No sé cantar, ni podría
Intentarlo en este instante,
Abierta la tumba fría
Del que fué expresión gigante
De la española poesía.

Hay de esa tumba en redor
Tan brillante resplandor
Y tan hermosa grandeza,
Que ante tan vivo fulgor
El alma no canta, reza.

Y es que el alma sabe orar
Cuando solo puede honrar
Así al génio soberano;
Que el rezo es también cantar,
Es el cantar del cristiano.

CARMELO CALVO.

(Alicante)

À FEDERICO BALART

Como traspasa el luminar del día
En rayos de oro el ancho firmamento,
Brilla la luz que ardió en tu pensamiento
Á través del sepulcro, todavía.

De tu rica y gigante fantasía
Se desborda á torrentes el portento,
Y aun resuena en el alma el dulce acento
Que formara el raudal de tu armonía.

Último resto de la raza aquella
Que, del Parnaso nacional estrella,
Iluminó del Arte el cielo puro,

El fulgor de tu númen peregrino
De la Belleza mostrará el camino
Que procura el Error tornar obscuro.

ANDRÉS BLANCO Y GARCIA.

(Murcia)

CARTA ABIERTA

SR. D. CARLOS CANO

Pinatar 7 de Julio de 1905.

Mi estimado amigo: En esta su casa, mi residencia veraniega, he recibido su atenta carta de ayer, en la que se ha servido invitarme para que, como amigo de la infancia de nuestro inolvidable Federico Balart, le dedique un recuerdo en el libro que á su buena memoria piensa usted publicar, sirviendo de base, á su laudable propósito, los trabajos leídos en la velada que celebró en su honor el Circulo de Bellas Artes de esta capital.

Agradezco infinito el honor que con tal invitacion se ha servido dispensarme; y correspondiendo á su atención, como es debido, adicionaré á los datos biográficos que V. expuso en dicha velada con la correccion literaria y gracejo expecial que le son propios, otros que se refieren á los primeros años de la vida del insigne vate que tanto honró á la literatura patria.

Juntos estudiamos los cinco años de Filosofia en el Instituto de esta provincia; en él obtuvimos el grado de bachiller en aquella época en que el año que más fueron *diez y seis* alumnos los que se gra-

duaron, y el 10 de Septiembre de 1850 salimos para Madrid en *galera acelerada*, único medio conocido entonces para ir desde Murcia á la corte, en la que entramos por la puerta de Toledo á las once de la mañana del 18, ó sea á los *ocho dias y medio* de viaje el que, según el mayoral que guiaba el vehículo, fué de los más veloces que habia hecho, merced al buen tiempo de que disfrutamos; pues cuando llovía era indeterminado el tiempo que en tales viajes invertía.

Formaron parte de aquella peregrinación, á través de los *deliciosos* campos de Don Quijote, la respetable y ya casi anciana madre de Balart, á la que mis queridos padres, de los que me separé á la edad de catorce años, me recomendaron muy eficazmente, y siempre me trató y consideró como á su propio hijo, por cuya razón le guardo en mi alma agradecidísimo recuerdo; Julia Patier, tia de la inspirada poetisa Eladia Bautista, amiga de usted y parienta mia muy querida; Don Juan Ejea reputado médico de aquella época, ya bastante lejana; Antonio Navarro Corrochano; Paco Albaladejo y Barco; Rufino Marin Baldo, y un señor de Madrid, muy apreciable por cierto, que, utilizando *las comodidades* de aquellos viajes *primitivos*, habia venido á mojar *sus copiosas desdichas* en los baños de Archedena. Todos abandonaron ya el mundo de los vivos y solo quedo yo para poder contarlo.

Muchas veces hemos recordado Federico y yo con verdadera fruición las peripecias de aquel viaje y de nuestra dichosa juventud. La última fué en el mes de Octubre próximo pasado, que nos vimos en Madrid, y nos separamos, como siempre, dándonos un cordialísimo abrazo, muy agenos de que era la última manifestación de nuestro leal cariño y constante amistad.

Ya en Madrid, nos matriculamos en la Universidad Central en el año preparatorio de la facultad de Jurisprudencia, que así se llamaba entonces lo que ahora se denomina de Derecho, y empezamos á asistir á las clases; pero bien pronto manifestó Balart su ninguna afición á esta clase de estudios; y suscribiéndose á la Colección de autores españoles, que editaba por entonces «La Publicidad» se dedicó de lleno á nutrir su inteligencia con la lectura de los escritores que á tan envidiable altura consiguieron llegar en la república de las letras.

Sus primeras composiciones demostraron ya el porvenir que esperaba á su preclaro talento, que habia de estar siempre en lucha con su natural modestia; y la primera que se publicó, que fué á la que se refirió V. en sus apuntes biográficos, vió la luz pública sin conocimiento de su autor, con quien no contó para ello Mariano Vergara, hoy Marqués de Aledo, á quien fué dedicada, y que gestionó su publicación en un periódico á riesgo de disgustar á nuestro amigo.

Grandes y merecidos elogios mereció la composición publicada; pero este primer triunfo no hizo variar al novel literato en su sistema de retraimiento, muy en armonia con sus condiciones de carácter; y cuando la necesidad le obligó á escribir para el público en varios periódicos y revistas científicas y literarias, el indiscutible mérito de sus trabajos le conquistaron el concepto de literato eminente entre las personalidades más distinguidas en las ciencias y en las letras.

Muy jóven todavía, nos proporcionó ratos muy deliciosos á sus mas íntimos amigos, haciendo el juicio crítico de los trabajos literarios que se publicaron por entonces; muy especialmente de las obras dramáticas, que magistralmente interpretaban Ma-

tilde Diez, Teodora Lamadrid, Romea, Calvo, Arjona, Osorio y otros eminentes artistas, cuyo digno reemplazo no se ha visto; pero siempre lo hacía sin exageraciones y con recto é ilustrado criterio, sin que pudiera aplicársele aquello de

Criticaís dale que dale
A cada libro que sale,
Y yo os doy por respuesta
Que apreciarais lo que vale
Si supiérais lo que cuesta.

Y por cierto que quien esto escribió debió empezar por aplicárselo, para dar ejemplo; y léjos de hacerlo así, no recuerdo que mereciera sus elogios más que «La Primavera» de nuestro paisano Selgas, de grata y gloriosa memoria, al que calificó de «el mejor poeta lírico de España».

Balart, como crítico no fué de los que creen que su misión es encontrarlo todo malo, ó por lo menos defectuoso. Aplaudia lo bueno, y señalaba con la autoridad de maestro los defectos en donde los hallaba; pero censuraba enseñando y sin faltar á la cortesía, ni mucho menos á la buena educación, como se dijo en una de las composiciones que en su honor se leyeron en la velada á que usted se refiere. Y en más de una ocasión, autores eminentes cuyas obras censuró señalando sus deficiencias, le dieron las gracias por el beneficio que les habia hecho y como justo tributo á la competencia y superioridad que en él reconocían.

Digno de la protección que tan necesaria le era, se la dispensaron muy especialmente Castelar y Rivero cuando desempeñaron altos puestos en la gobernación del Estado. Fué subsecretario del Ministerio de la Gobernación y consejero de Estado, distinguiéndose sus informes entre los de todos sus compañeros de este cuerpo consultivo, por sus sóli-

dos fundamentos y por el castizo lenguaje y mérito literario conque estaban redactados.

Pasó la situación política en que tales cargos desempeñó, y quedó cesante y sin recursos para poder vivir; y en tal estado, Castelar consiguió colocarle en el negociado de contabilidad del Banco de España. «¡Yo á contabilidad cuando apenas sé sumar!» fueron las palabras de Balart cuando se le participó su nombramiento, y se resistió á aceptarlo; pero Castelar le pudo convencer, y á los seis meses de estarlo desempeñando, era ya un funcionario á quien se consultaba en asuntos árdulos y difíciles que con frecuencia ocurren en nuestro primer establecimiento de crédito.

El talento de Balart servía para todo menos para utilidad práctica de su poseedor. Por esto su vida fué siempre difícil y plagada de contrariedades. En este país en que la osadía desempeña el papel principal en la lucha constante por la existencia, y que facilita el camino á insignificantes medianías para escalar posiciones ventajosas, el que no es osado necesita valer lo que Balart valía, para que sus propios merecimientos lo alzasen de la oscuridad y el ostracismo á que su manera de ser le tuvo por mucho tiempo aprisionado.

En más de una ocasión se le motejó, con notoria injusticia, de inactivo ó perezoso; pero los que á fondo lo conocíamos y lo tratábamos con intimidad, sabíamos que tal concepto era inmerecido y que solo podía fundarse en su constante sistema de no exhibirse y ser refractario á cuanto le obligara á exteriorizar lo mucho que valía. Sin una labor constante no se llega á conseguir el caudal de conocimientos que poseía y que le conquistaron, á pesar de su modestia, la justa fama que alcanzó como literato y como crítico.

Mucho le perjudicaron sus condiciones de carácter que no pudimos modificar sus buenos amigos. Quedó sin padre cuando estudiando estábamos el segundo año de filosofía; su buena madre, de la que nunca se separó, tampoco pudo conseguir hacerlo más comunicativo de lo que siempre fué, y de aquí que no haya obtenido en su larga vida los resultados positivos que merecía por su privilegiado talento y vastísima ilustración. Pobre vivió y pobre ha muerto.

Rindamos á su buena memoria el justo tributo de admiración y de cariño que mereció á sus buenos y constantes amigos y roguemos á Dios Nuestro Señor por el eterno descanso de su alma.

De V. siempre afectísimo amigo,

VICENTE PEREZ CALLEJAS

À FEDERICO BALART

Fué tanta tu inspiración
 Y tanta mi admiración
 Por tu nombre, que venero,
 Que hoy ante tu tumba quiero
 Hacerte una petición:

Dame tus versos peores;
 Tus defectos; tus errores;
 Aquello que no intentaste
 Concluir; los borradores
 De lo que no publicaste;

Lo que no se une á tu historia;
 Lo que el mundo que te aclama
 No conserva en la memoria
 Y ya no quiero más fama,
 Ni más triunfos, ni más gloria.

JOSÉ RODAO.

(Segovia)

MAS ALLÁ DE LA TUMBA

Se encontraron las almas y el poeta
Habló así á la Dolores de su vida:
Vengo del triste mundo en que la gloria
Es humo nada más, es flor de un dia.

Yo te lloré Dolores, y mi llanto
Condensé en mis estrofas doloridas,
Y vives en el mundo de los vivos
Con el eterno amor de la poesia.

España te lloró, sintió en su alma
Los mismos ayes de mi pena misma
Y cruzaron los mares mis suspiros
Como las enlutadas golondrinas.

Quise guardar yo solo mis pesares
Y cubrí con la mano mis heridas
Y comprimí la pena cuanto pude
Con el puño en la boca, musa mia;

Pero no pude más aún siendo el alma
Tan grande como Dios, tan infinita,
Fué más grande el dolor que la dejaste
Y rebasó la pena su medida.

Alas pidió el suspiro y yo por alas
Estrofas le presté; rasgué la lira
Y ví volar mis muertas ilusiones
Entre el plumaje negro de mis rímas.

Si has visto alguna vez en los cipreses
 Cercanos á tu tumba, golondrinas,
 Esos fueron lamentos de mi alma
 Que á cantarte llegaron mis desdichas.

Vamos juntos á Dios: de mis amores
 Cuéntale tú la historia tan fatídica
 Y en un mismo castigo nos confunda
 Ó nos confunda en una gloria misma.

• • • • •

Y cruzaron las almas los espacios
 Y ese Dios del amor y la justicia
 Juntó para vivir eternamente
 Las dos almas, en una confundidas.

PEDRO JARA CARRILLO.

(Murcia)

Á FEDERICO BALART

¡Poeta del dolor, tu suerte envidio!
 Yo he sufrido también cual tu sufrías,
 Y como tú lidiabas, aún hoy lidio.
 Cual las tuyas, mis locas fantasías
 Ansiaron, al tender inútil vuelo,
 Llenar la tierra y escalar el cielo,
 Y más grande que el cielo y que la tierra,
 Abarcar cuanto encierra
 El alma humana en su insaciable anhelo.
 De nuestra vida el pavoroso arcano,
 Su obscurecido origen, su lejano
 Porvenir; la indecisa
 Claridad que el espíritu divisa,
 Objeto fueron de tus ansias vano.
 Roido por el buitre del deseo,
 Amarrado á la roca áspera y dura,
 Robar quisiste, nuevo Prometeo,
 La luz que Dios fulgura;
 Y lo que preguntabas delirante
 Al hombre, al mundo, al sol, al astro errante,
 Á tu alma misma, á tu razón incierta,
 Con voz reveladora te lo dijo
 Un pobre Crucifijo
 En las heladas manos de una muerta.
 Aquellos ojos, á la luz cerrados,
 De tu existencia soles,
 Que dieron á tus días trastornados
 Los únicos alegres arreboles;

Aquello's labios mudos
 Que en los embates de tus luchas rudos
 Apaciguaron el horrible estruendo
 Suspirando ó sonriendo;
 Aquella frente blanca, yerta, fría,
 Hermosa todavía,
 Donde, á tí dirigido,
 Su último pensamiento aún se leía,
 Mirabas aterrado, estremecido;
 È hizo aquel sér, tan dulce y tan querido,
 Envuelto, sobre el tálamo doliente,
 En la negra mortaja de bayeta,
 ¡Milagro del amor omnipotente!
 De un loco soñador un gran poeta.

¡Milagro del amor! Tú comprendiste
 En el momento aquel augusto y triste,
 Cómo domina, oculto soberano,
 En nuestra vida el corazón. El brío
 De la razón, con el error tirano
 En lucha; el delicioso desvarío
 Del ávido anhelar cuando en la esfera
 De luz tiende sus alas la quimera;
 Todo lo que al altivo pensamiento
 Da la ansiada victoria;
 Orgullo, encumbramiento,
 Aplauso, admiración, grandeza, gloria,
 ¿Qué valen ante el trémulo latido
 Del pecho conmovido?
 Vasto mundo ideal, triste ó risueño,
 Ansiedad del espíritu infinita,
 Todo desaparece como un sueño,
 Cuando, gritando á voces: «¡Soy el dueño!»
 El corazón palpita.

Esa palpitación, para el poeta
 Es el numen triunfal, la ley secreta
 De su poder. La creadora mente
 Logra del genio la gloriosa palma;
 Pero su creación sombra aparente
 Será, que se disipa vagamente,

Si no le infunde su calor el alma.
 Estéril sol, de luz brillante y fría
 Fuera, sin él, la hermosa poesía.

Fecundante rocío de sus flores
 Siempre han sido las lágrimas; encanto
 De la anhelante humanidad, el canto
 De los tristes amores.

Entre todas las Musas victoriosas,
 Es la que más nuestro ánimo enajena
 La que en la frente pálida y serena
 Un ramo de ciprés une á las rosas.

Vertió la tuya el llanto en largo río;
 Pero miraba al cielo,
 Y halló en él la esperanza y el consuelo,
 Roto el velo sombrío.

Amaste tu dolor. Voz que retumba
 En la tumba escuchaste: que allí empieza
 Otra vida, te dijo; y en la tumba
 Reclinaste, esperando, la cabeza.

Los sentidos lamentos
 Que derramabas á los cuatro vientos,
 Vibraron en los pliegues escondidos
 De los más insensibles corazones,
 Y unas veces sonaban á gemidos,
 Y otras á fervorosas oraciones;

Y eran santa elegía
 Que los ecos lejanos
 De otro mundo mejor repercutía.

Á ese mundo de amor y de armonía
 Alzabas tú las suplicantes manos;
 Y hoy, al cerrar los ojos soñadores,
 Ves que en la eterna luz transfigurada,
 Tendiéndote la mano, tu Dolores
 Te abre feliz la celestial morada.

TEODORO LLORENTE.

(Valencia)

EL ÚLTIMO SONETO DE BALART (1)

Para cerrar como con un broche de oro esta serie de trabajos que se han leído en honor de Cervantes y de su obra inmortal, voy á concluir leyendo la última producción del insigne crítico y poeta D. Federico Balart, que es un soneto con motivo del Centenario del *Quijote*.—Balart, cuya muerte reciente llo- ran todavía las letras españolas, es un murciano ilustre y una gloria de este Instituto, donde cursó brillantemente los estudios del Bachillerato. Después se hizo lado en Madrid como periodista, en periódicos dirigidos por Rivero y por Castelar; y ganóse el primer puesto de la crítica, cultivando la literaria y la de bellas-artes, con una autoridad, un buen gusto, un sentido estético... y un sentido común, junto con un lenguaje tan castizo y hermoso, que pareció su pluma heredada del célebre *Fígaro*. Y cuando gozaba de semejante personalidad, la de crítico indiscutible y acatado, que suele estimarse que no se compadece (porque así ocurre de ordinario) con la de artista productor, sorprendió á todos, mostrándose, ya maduro, altísimo poeta, en su *Dolores*, colección de elegías, formadas (él lo

(1) Leído por el Director del Instituto de Murcia D. *Andrés Baquero*, en la fiesta académica que dicho centro celebró, el 9 de Mayo, con motivo del Centenario del *Quijote*.

dice) por la exudación de lágrimas de su sentimiento, al modo que las estalactitas que se forman del humor rezumado por ciertas grutas; libro de emoción tan sincera é intensa, que á veces su dolor trasciende del círculo de lo personal y resulta genéricamente humano: lo que pasa en las *Coplas* de Jorge Manrique, de actualidad perenne, por eso.— Este libro fué una revelación para el público y para el mismo Balart; el cual desde entonces tuvo que responder á su fama de poeta con nuevos versos, ya de distinta índole. Los que compuso después de aquellas famosas elegías no aumentaron su nombre; pero lo sostuvieron. Son joyas de un artista pensador, algo huraño, trabajadas con maestría primorosa.—El soneto pues que le inspiró, muy poco antes de su muerte, el actual Centenario, dice así:

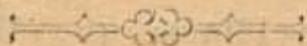
«**EN EL TERCER CENTENARIO DEL INGENIOSO HIDALGO**

Llora, pobre Cervantes; malogrados
Tus prudentes consejos no entendidos,
Ya á los valientes ves escarnecidos
Y á los ruines cobardes ensalzados.

Ya en turno de Guzmanes celebrados,
Para mengua y baldón de los nacidos,
Quedan los de Tarifa preteridos
Y están los de Alfarache entronizados.

El juicio humano, siempre al estricote,
De lo extremo á lo extremo se abalanza,
Péndulo inquieto que anda de rebote;

Y gracias á esa absurda contradanza,
Holló el éter ayer con Don Quijote
Y hoy hoza el muladar con Sancho Panza.»



LA PATRIA DE BALART

Como el águila nace entre la roca,
 En el valle escondido nace el génio;
 Y tienden ambos sus potentes alas
 Muy lejos del lugar en que nacieron.

Mas no deja la peña de ser nido
 De aquel águila audaz, ni el valle ameno
 De ser patria feliz del génio insigne
 Dó tuvo cuna y amoroso lecho.

Cuando salgo al balcon á ver mis flores
 Que al sol ostentan sus colores bellos,
 Miro enfrente de mí, cerca, muy cerca,
 Un lugar asentado al pié de un cerro.

Allí de mis lejanos ascendientes
 Duermen en paz los venerandos restos,
 Allí mi padre recibió el bautismo...
 ¡Oh, cuanta estimación guardo á ese pueblo!

Tiene una vega fértil y abundosa
 De ricos frutos y verdor eterno,
 Donde la vid se enlaza á los nogales
 Y el ambiente perfuma el limonero.

Raudales que fecundan la campiña
 Le ofrecen de riquezas un portento;
 Frescos y deliciosos en verano,
 Templados y humeantes en invierno.

Junto al manzano de fragantes pomas
 Abre sus flores el copudo almendro,
 Junto al olivo crecen los maizales
 Y al lado de la espiga el lino tierno.

Nacen allí tomillos, madre selvas,
 Violetas perfumadas, lirios bellos;
 Y guarda esa comarca venturosa
 La Virgen tutelar de los Remedios.

Allí nació Balart, el gran poeta;
 Esa es la villa que se llama Pliego:
 Como el águila nace entre la roca,
 En el valle escondido nace el génio.

ELADIA BAUTISTA PATIER.

(Mula)

¡BALART!

Con el alma abatida por la tristeza
Y enjugando el semblante que el llanto moja,
Cae Balart de rodillas, y llora y reza,
Enronquecido el pecho por la congoja.

En el lecho de muerte yace Dolores,
Que ha perdido la vida tras un suspiro,
Cortando así un poema lleno de amores,
Dándole á sus estrofas doliente giro.

El alma de Dolores se vá, subiendo
Á otras regiones puras y celestiales,
Y el alma del poeta la vá siguiendo
Buscando unos amores más ideales.

Y Balart ya no mira ni siente al mundo,
Y otro sueño amoroso, sueño bendito,
Brotó en su pensamiento fuerte y fecundo,
Buscando sus amores en lo infinito.

Y allí encuentra á Dolores, y allí la admira,
Y allí lanza sus cantos con tal ternura
Que el mundo, al escucharle, triste suspira,
Llorando del poeta la desventura.

Realidad é idealismo, vida y ensueños,
Agudísima lucha, profunda calma,
Recuerdos de placeres muy halagüeños,
Ecos de una tristeza que embarga el alma.

Confundidos, mezclados en su memoria,
Yendo en su pensamiento tras lo divino,
Reproducen aquella sentida historia
Cortada por la muerte que sobrevino.

La inspiración, bañando su mente inquieta,
Hermosos pensamientos le vá agrupando;
Y otra vez sus anhelos canta el poeta,
Y otra vez el poema se vá formando.

Sus páginas contienen ecos sentidos,
Recuerdos de dichosos tiempos mejores,
De amores que en el mundo fueron perdidos
Y que van siempre en busca de su Dolores.

Ecos que atravesando van el espacio,
Huyendo de las penas y el desconsuelo,
Resonando en las salas de aquel palacio
Que Dios, para los buenos, puso en el cielo.

Ay! el mundo camina con loco ruido,
Y la mezcla confusa de sus acentos
Resuena en el espacio como un gemido
Que revela pesares y sufrimientos.

La vida es cual las nubes, que se deshacen
Movidas por el viento de las pasiones,
Como las esperanzas, que apenas nacen
Mueren, rasgando todas las ilusiones.

Ha muerto ya el poeta, cesó su llanto
Con el último aliento que dió en la vida;
Tal vez allá, en el cielo, sigue su canto
Al lado de Dolores siempre querida.

VALENTIN E. ARRONIZ.

(San Fernando)

BALART

Por el mundo iba el poeta
Cual desorientada nave
Que en medio del oceano
Empuja el cresco oleaje,
Sin esperar otra cosa
En tan continuo combate
Que el golfo en que sumergirse
Ó el peñon en que estrellarse.

Era jóven y sentía
Latir con vigor su sangre
É impulsado por la fuerza
De la mocedad pujante,
Dando un valor que no tienen
Del mundo á las vanidades,
Cayó enredado por ellas
Aquel talento gigante.

Tuvo un duelo y salió herido
Y cual recuerdo imborrable
En un pié se le quedaron
Hasta morir las señales;
Mas fué venturosa herida,
Que, aunque él no anduvo cual antes,
En la fé su alma apoyada
Se mostró al mundo más grande.

Junto al lecho en que sufría
 Surgió Dolores, cual ángel
 De consuelo, como estrella
 De divinas claridades,
 É infundiéndole en su espíritu
 Del bien la esencia inefable,
 Le alumbró con sus amores
 Como una aurora triunfante.

Pero ¡ay!, aquella mujer,
 Como dorado celaje
 Que apenas el sol lo besa
 Se desvanece en el aire,
 Arrastrada por la muerte
 Huyó del hogar amante,
 Dejando envuelto al poeta
 En densas oscuridades.

¡Triste ausencia! ¡Rudo golpe!
 Pero aquel terrible trance
 Si para Balart fué duro
 Fué dichoso para el Arte,
 Porque el vate traduciendo
 Sus tristezas en cantares,
 Legó á su pátria un tesoro
 De poesías inmortales.

DOLORES por nombre llevan
 Y bien el nombre les cae,
 Pues las inspiró Dolores
 Y el dolor en ellas late;
 Por eso, á pesar del tiempo,
 Vivirán inmarchitables
 Mientras haya pechos tristes
 Y corazones que amen.

JOSÉ TOLOSA HERNANDEZ.

(Murcia)

RECUERDOS

QUERIDO CARLOS CANO:

Emocionado, llorando con esas lágrimas que brotan del alma, he leído en «El Liberal» de hoy su notable estudio sobre nuestro Federico Balart, cuya vida inmortal, como oportunamente dice usted, comienza en su sepultura.

Postrado ante ella comprendo ahora la grandeza del ilustre murciano, de linajudo origen.

Conocí á Federico Balart en los albores de la vida: de esa vida hermosa estudiantil, donde se goza sin pena ni gloria, y se vencen los obtáculos que se presentan.

Nuestra bohemia semi-divina de aquellos tiempos, querido Carlos, cuando visitábamos casi á diario la casa de su primo de usted el general Don Rafael Sarávia y Núñez, las tres Condesas de Torre Pando, la tresillista irritable Doña Tecla, Rosa Dot y Michans, Carlota Húmara, Pilar Concha, Paca Uriondo, el General San Miguel, Melgosa, Veamurguía, Miguel Indo, el Marqués de Valmar, Barrantes y tantos otros, no se olvida nunca.

Federico Balart era entonces *un cualquiera* (así firmaba sus críticas teatrales en «La Democracia».) Por aquella época estuvo empleado en Fomento con

Antonio Sandoval, Paco Nestosa, Tomás Albaladejo, Mariano Vergara y otros, que asistíamos al comedor de la casa número 8 de la calle de San Roque, donde vivía con su primera esposa, Concha Espinosa, el inolvidable mártir de Santa Agueda Cánovas del Castillo.

Al recordar á Federico, no puede olvidarse á Dolores su redentora, su ángel tutelar en la tierra, la que supo dominarlo y vencerlo con su cariño idólatra, y con santa resignación sufrir sus genialidades.

Aún vemos la antesala de la Travesía del Reloj número 10 la mañana en que el famoso D. Melchor Sánchez de Toca, acompañado del malogrado Adolfo Moreno Pozo, le destrozaba el pié buscando la bala de Goicorrotea.

Durante la operación, Federico, sin exhalar un grito, estuvo abrazado á Dolores; al terminar salió á la antesala donde estábamos los amigos D. Mariano Aguado, D. Luis Navarro y Calvo, D. Luis Rivera, otros y el que escribe estas líneas, y la vimos ensangrentada en el hombro izquierdo, donde Federico, impulsado por el dolor producido por la operación quirúrgica había clavado sus dientes; martirio que sufrió con resignación y anegada en llanto, aquel ángel redentor de Federico Balart.

¡Que cuadro, mi querido amigo D. Carlos! ¡Que recuerdo del ayer perdido!

No puedo continuar porque sería interminable; no digamos nada de nuestras veladas en el café de Levante, donde asistía Pilar Sinués de Marco y otros amigos: Lachambre, Navarrete, Chinchilla y Uriondo, borrados todos del libro de los vivos, ni recordemos nuestra «Gacetilla» ni nuestras «Noticias», ni nuestro hospedaje de la calle del Lobo, ni nada. Todo pasó.

Reciba mi querido colaborador de «La Gacetilla» en 1863, mi cariñoso pláceme por su estudio sobre Balart; y, si nos vé desde el cielo, sabrá que aun vive en los corazones de los que tanto le quisieron en la tierra.

FELIPE BLANCO DE IBAÑEZ.

A BALART

(Murcia)

Si son tus admiradores
 Cuantos leen tu obra
 Donde tu nombre surge
 Levando un canto a la patria
 Con versos gratos

En culto se admiración
 Fuera sea que con tanta
 Quien hace, en munda afección
 Del recuerdo de una muerte
 Felicitó el corazón

JOSE FELIPE BLANCO DE IBAÑEZ

(Murcia)

Á BALART

Si son tus admiradores
Cuantos leyeron DOLORES,
Donde tu musa serena
Levantó un canto á la pena
Con versos arrobadores;

En culto su admiración
Fuerza será que convierta
Quien hace, en muda aflicción,
Del recuerdo de otra muerta
Relicario el corazón.

JOSÉ FRUTOS BAEZA.

(Murcia)

LUZ Y SOMBRA

Á FEDERICO BALART

Yo guardo un camposanto en mi memoria
Donde en alto ciprés un ave canta
La página más triste de tu historia.
Una cruz entre flores se levanta
Y el sol que con sus rayos la abrillanta
Es un beso de luz desde tu gloria.

Cuando surge la luna, su tibieza
Se impregna en melancólica tristeza
Que tu muerte fatídica pregona...
De las estrellas pálidas brillando
El vago titilar es tu corona,
Tu corona de lágrimas temblando.

Rasgó la rima el tenebroso velo
Que envolvía esperanzas y en el cielo
Brotó como un albor tras de los montes:
En el mundo ideal de la poesía
Abrieron, confundidos con el día,
Horizontes de amor tus «Horizontes».

Vibrante el genio en tu potente grito
Aun esparce el acento quejumbroso
Que conmovió á la mole de granito
Con su impulso invencible de coloso,
Que penetró el abismo tenebroso
Y en las sombras se hundió de lo infinito.

Hiriendo las conciencias, sus fulgores,
 Con gritos de dolor quedaron presos
 De tu mágica rima en los rumores,
 Y en la noche sombría están impresos
 Despertando entre cánticos y besos
 Dolores en las almas tu DOLORES.

Ante el alto ciprés del camposanto
 Donde se escucha tu brillante historia
 Te rinde el universo su memoria...
 Para guardarte á tí tejen su manto,
 El día con el rayo de tu gloria,
 La noche con las nieblas de tu llanto.

JOSÉ MARÍA DOTRES.

(Murcia)

RECUERDOS É INTIMIDADES

Aun no secas las lágrimas de mis ojos por la muerte del insigne maestro con quien me unieron los lazos de la sangre y los no menos fuertes de un fraternal cariño, vengo á tomar parte en esta velada consagrada á su memoria por el Círculo de Bellas Artes, cuyo digno presidente, al honrarme con su bondadosa invitación, no ha tenido en cuenta mi insuficiencia, aumentada desde hace cinco años por heridas del alma para las cuales no hay consuelo en lo humano.

Por esa insuficiencia mía y porque ya lo han hecho todos los periódicos, no os hablaré de Balart, como eximio poeta que inmortalizó en DOLORES á la amante compañera de su vida; ni como pensador de soberano vuelo que traspasó con su gloria los ámbitos de España; ni como crítico eminente que constituyó con sus juicios un hermoso tratado de Estética; ni como político sincero que, en fuerza de sus prendas relevantes, alcanzó honrosísimas distinciones, no por el camino de la intriga y el favoritismo, sino por el de la hidalguía y la abnegación.

Mi labor es más sencilla. Voy á hablaros del Balart en la intimidad, del Balart poco conocido de la mayoría de sus admiradores.

Le visité por vez primera en Madrid á mediados

de 1862. Allí, en modestísima casa, constituían la felicidad de su vida su madre, la bondadosa señora doña Asunción Elgueta, su adorada Dolores,—una arrogante sevillana tan hermosa de alma como de rostro,—y las dos hijas del primer matrimonio de ésta, dos preciosas niñas, Rosario y Aurora, la segunda de las cuales ha muerto hace dos meses.

Con nuestra familia casi no se trataba Federico por entonces, pues sus avanzadas ideas políticas no eran del agrado de aquella; y solo yo le visitaba diariamente, aun en los días que precedieron á la revolución de 1868, sin fijarme en el riesgo que corría entrando de uniforme militar en la casa de un periodista republicano en aquella época que la menor sospecha originaba un traslado ó un destierro.

Poco tiempo después, Luis Rivera, al fundar *Gil Blas*, el semanario de más acerada sátira de España, ofreció á Balart una plaza de redactor al lado de Manuel del Palacio, Eusebio Blasco y Roberto Robert; y el primer artículo que allí publicó le produjo desagradabilísimas consecuencias. Llevaba por título *Rasgueos* y las frases con que terminaba molestaron á un conocido personaje político, D. Ramón Goicorrotea, que si no recuerdo mal desempeñaba un alto cargo en el palacio de Oriente, y el cual se apresuró á pedir una explicación á Rivera, que éste trasladó á Balart, firmante del artículo, pues en *Gil Blas* todos los trabajos, excepto la sección *Cabos sueltos*, llevaban al pié el nombre del autor. Negóse Federico á dar satisfacciones de ningún género, y no viendo los padrinos nombrados motivo suficiente para un duelo, fueron elegidos otros y quedaron concertadas las condiciones para que aquél tuviera lugar.

La víspera del día señalado, ya anochecido, encontré á mi primo en la calle del Arenal y al decir-

me que le acompañara á comprarse una corbata negra, comprendí el motivo de la adquisición de tal prenda, recordando el artículo *Rasgueos*; y aunque él me lo negó terminantemente, ví confirmadas mis sospechas dos horas después en un suelto de *La Correspondencia de España* que daba veladamente la noticia del concertado desafío.

Reunidos al día siguiente en el sitio señalado, se cambiaron dos disparos y al disponerse para el tercero, Balart, que al pronto no sintió el balazo recibido, se quejó de dolor en el pié derecho, y apreciada por los médicos allí presentes la importancia de la lesión, se dió el lance por terminado.

Conducido el herido en un coche á su casa de la travesía del Reloj y cuando el eminente doctor Marqués de Toca le estaba practicando la primera cura, presentóse un caballero preguntando por la señora de Balart. Salió ésta llorando y presa de la mayor angustia, y el recién llegado le habló así:

—Lamento, señora, lo ocurrido á su esposo y como sé que en la actualidad la posición de ustedes no es muy desahogada, vengo á ofrecerme para cuanto necesiten. Dispongan incondicionalmente de mí.—Dió gracias Dolores á su desconocido protector, y al preguntarle quién era para manifestarlo á su marido contestó aquél:—Soy...—y dijo el nombre del causante de la herida. Loca de furor la desolada esposa prorrumpió en gritos tan desgarradores que por milagro no los oyó Federico desde el lecho en que sufría horribilmente; y Guicorrotea, haciéndose cargo del estado de ánimo de aquella señora, se marchó sin decir una palabra más.

A Balart no se le conocía como poeta antes de publicar *Dolores* más que entre sus íntimos. Para los que nos contábamos entre éstos no era un secreto que había escrito muchas inspiradísimas compo-

siciones, no solo del género sentimental sino también del festivo, figurando entre los del primero sus magistrales sonetos *A Carlos V.* y *En el Escorial* y varias hermosísimas imitaciones de Victor Hugo, Kerner y Antero de Quental, y entre las del segundo multitud de saladísimos ejemplares; y es que en los descansos de sus trabajos de crítica se entregaba á los halagos de la poesía como uno de esos arroyos que convertidos en bullidoras cascadas se aduermen á trechos en tranquilo cauce arrullados por las caricias de las brisas.

La siguiente festiva décima la escribió ya cojo por efecto del antes citado desafío:

Valiéndose de las tretas
Que su astucia le dictó,
Á un cojo que se durmió
Robó un ladrón las muletas.
Con razones muy discretas,
Al ver tan infame acción,
Fingiendo resignación
Y dando rienda á su enojo:
«¡Plegue al cielo—dijo el cojo—
Que le sirvan al ladrón!»

De la época en que Miguel de los Santos Alvarez y Miguel Agustín Príncipe escribieron fábulas humorísticas que hicieron la delicia de cuantos las saboreaban, es esta:

El hijo de Manuela
Se escapó una mañana de la escuela
Y, por irse á jugar y otros excesos,
Dió un batacazo y se rompió los sesos.
Desde entonces el hijo de Manuela
No ha vuelto á hacer novillos en la escuela.
*Quien lleva un desengaño en este mundo,
Si es gordo, no da margen al segundo,*

Un romance, tambien festivo, me dedicó en 1874 cuando siendo yo ayudante del 3.^{er} regimiento de Artillería de Montaña pasaba diariamente por la calle de Bailén, donde él vivía, al ir desde el cuartel de San Gil á la Capitanía general; y el motivo de ponerme en solfa en esos versos fué el haberle escrito yo otros poniendo como chupa de dómine á los republicanos, cuyas algaradas hacían que la guarnición de Madrid pasara la vida en cuartelada perpetua. Voy á leer tan donosa composición; pero antes debo declarar que nunca fuí tan mal jinete como él me pinta.

Hé aquí el romance:

Aquel rey de los jinetes
 Tan ágil como gallardo;
 Aquel domador de fieras
 Cuyas espuelas son rayos;
 El sol de los picaderos,
 De los caballos el pasmo,
 Á quien llamará la historia
 El ayudante Centauro;
 Ayer á las once y media
 (Ó las doce menos cuarto)
 Pasó bajo mis balcones
 La calle desempedrando.

A la órden iba, cumpliendo
 Los deberes de su cargo,
 Que no á pregonar la bula,
 Como dijo algún menguado.

En un arrogante bruto
 Que tiene atributos de árbol
 Pues es por el alma *chopo*
 Si por el pelo *castaño*;
 Animal de tanta cuenta
 Que siempre cuenta los pasos;

Animal, en fin, tan serio
 Y tan sentado de cascos
 Que nunca levanta el uno
 Si tres no tiene en lo llano,
 Pasó el bizarro ayudante
 Sobre la silla hecho un arco,
 Con una mano en las crines
 Y en el arzón la otra mano;
 El ros en la coronilla,
 El estribo engargantado,
 Los lentes en los bigotes
 Y el bastón bajo del brazo.

Tan boyante iba el mancebo,
 Tan apuesto y tan lozano,
 Que la gente de la calle
 Se le quedaba mirando.
 Gritábanle las mujeres,
 Silbábanle los muchachos
 Y aullando tras él corrían
 Todos los perros del barrio.

Viendo tan marcial talante
 Dijo un chusco:—«Bien mirado,
 Para completar el grupo
 Falta el rucio y falta Sancho.»

Concha, la divina Concha,
 Cuyo pecho de alabastro
 Conoció por las pisadas
 La venida de su ingrato,
 En *negligé* de mañana
 Salió al balcón á admirarlo,
 Con el moño en el bolsillo
 Y los dientes en la mano.

El, que á su amante saludo
 No puede dar digno pago
 Sin soltar la quinta rienda,
 Consuelo de su quebranto,

Saludó con la cabeza
 Y al moverla de alto á bajo
 El ros le tapó los ojos,
 Que aun sin eso no ven claro.
 Hallándose, pues á oscuras,
 Descompuesto dijo al jaco:
 —«Tú ante Dios y ante los hombres
 Darás cuenta de tus actos.»
 Y es fama que el jaco dijo:
 —«Pues al ministerio vamos,
 Yo llegaré al ministerio,
 Que otros como yo han llegado.»
 Tranquilo con tal promesa
 El *credo* siguió rezando
 Aquel Seidlitz español,
 Aquel Murat castellano;
 Y en poco más de dos horas,
 Que echó en andar veinte pasos,
 Por la plazuela de Oriente
 Despareció como un rayo.

Voy á leer otra poesía de época relativamente reciente: la que dedicó á su nieta y dictó el día antes de su muerte á mi hermana, que más afortunada que yo pudo ir á Madrid á darle el postrer abrazo. Son los últimos versos que salieron de sus labios ya secos y fríos.

Aterrado me tiene una noticia
 Que el alma me desquicia:
 ¿Será verdad, Señor, ó será bola
 Que va á aprender francés mi nieta Lola?
 Pues si tan largo tira
 Que echa en cada palabra una mentira,
 ¿Qué va á pasar aquí, Dios Soberano,
 Cuando mienta en francés y en castellano?

Al principio de oirlo me dió risa;
 Hoy no me llega al cuerpo la camisa,
 Pues si con una lengua tanto charla,
 En aprendiendo dos hay que matarla.

Si alguien de nuestra dulce paz en mengua
 Se gasta los dineros todavía
 En que aprenda otra lengua,
 Sordo me quiero ver desde este día.

Por mi parte daría
 Más dinero que cambian los Villodas,
 Si la enseñaran á callar en todas.

Publicada recientemente en un diario de Madrid su última poesía—un soneto con motivo del centenario del *Quijote*—voy á leer la primera que publicó. No recuerdo su título, pero sí que se la dedicó á otro ilustre escritor murciano, amigo suyo y mio, á Mariano Vergara, hoy marqués de Aledo.

Es esta:

—¿Por qué, buen conde, te cubres
 Con ese blanco cendal?

—Hoy en cadalso afrentoso
 La vida me han de quitar.

—¿Qué es en tanto de tu esposa,
 Desdichado capitán?

—Las ondas cruza sin cuita,
 Sin cuita de mi pesar.

—
 Para llegar al cadalso
 Van cruzando la ciudad.

Dos cuervos vuelan delante
 Y otros dos vuelan detrás.

—«¡Negras aves, cuyo vientre
 Sepultura me dará,
 Decid mi muerte á mi esposa
 Que navega por el mar!»

Al resplandor de la luna
 Las olas surcando va
 La esposa del conde Alarcos
 En brazos de su galán.
 Por lo más alto del cielo
 Cuatro cuervos ve volar
 Que al mástil de la galera
 Las alas tendiendo van.
 —«Negras aves, negras aves,
 Mi galera respetad,
 Tended á otra parte el vuelo
 Si sois présagos de mal.»

Sobre la nave los cuatro
 Abren el pico al pasar.
 Un diente suelta el primero,
 Como una perla oriental;
 El segundo suelta un pié;
 Suelta el tercero un pulgar,
 Y el cuarto un ojo encendido
 Que sangre manando está.

—
 La luna brilla en el cielo,
 La brisa gime en el mar,
 Muerta yace la condesa
 En los brazos del galán.

Aunque Balart estaba ausente de Murcia desde hace muchos años, pues la última vez que estuvo aquí fué en Julio de 1875, siempre tuvo por ella profundo cariño y nunca fué sordo á sus desgracias. Cuando la inundación de 1879, cuatro meses después de la muerte de Dolores, lloró con los murcianos en una hermosa y sentidísima poesía, que figuró después, dedicada á D. José Martínez Tornel, el iniciador de aquella campaña de Caridad, en su libro *Horizontes*; y cuando se trató de allegar recursos para construir una Tienda Asilo, él compuso la tier-

nísima jota que con música del gran maestro murciano Fernández Caballero, se cantó por nuestras calles y consiguió grandes ingresos.

Otra prueba de su cariño á Murcia la dió á diario abriendo de par en par las puertas de su casa y las de su corazón á cuantos hijos del Segura iban á visitarle, pues, aunque se negaba á todo el mundo, hacía volver á subir la escalera de su casa y pasar á su gabinete á todo el que le decía á su criada que era murciano ó que llegaba de Murcia.

Federico que pudo hacerse rico con sus libros ha muerto pobre, y gracias á la pensión que le abonaba S. M. la reina madre, que era la que hasta su muerte disfrutó Zorrilla, y al sueldo que como director del Teatro Español le señaló nuestro ilustre paisano el gran actor Díaz de Mendoza, gozó en sus últimos años de relativo bienestar.

La pereza dominaba por completo á mi llorado primo, y solo en días de verdaderos apuros para él é impulsado por los estímulos de su compadre Grilo, de su fraternal amigo Castelar ó de su ferviente admirador el conde de las Almenas lograba salir de su habitual letargo.

Recuerdo á este propósito que en una de las épocas de más estrechez de su vida se decidió á escribir un drama que debía llevar por título *El honor*. Aunque en el secreto estábamos muy pocos, no sé cómo cundió la noticia y en tropel acudieron á su casa todos los empresarios y directores de los teatros de Madrid, pidiéndole sin reparar en el precio el favor de estrenar su comenzado drama.

Pero Castelar, queriendo hacerle un favor á Federico, privó seguramente á la escena española de una joya de gran valía, pues al obtener para él un destino importante en las oficinas del Banco de España, Balart rompió las cuartillas de su obra.

Otra prueba de la pereza de Balart. Elegido individuo de la Academia Española en 1891, si hubiera tomado posesión de tal cargo en tiempo oportuno hubiera tenido abono de años de servicio y por tanto derecho á jubilación, pero pasó el tiempo sin escribir su discurso de ingreso, terminó el plazo, y al cabo de catorce años murió sin llegar á figurar en las nóminas de Clases pasivas.

Su conversación era amenísima y sus rasgos de ingenio deliciosos. Voy á citar el último de estos que recuerdo. Se encontraba en un salón de limpia-botas y al pagar al dependiente que le sirvió pagó también al que había prestado igual servicio á un autor cómico, de quien Balart no era santo de devoción, diciéndole á éste:—Quiero que se dé usted charrol á costa mía.

Voy á concluir.

La enfermedad que ha puesto término á la vida de Balart y con la cual luchó en vano la ciencia del sabio Ortega Morejón, le hizo sufrir en sus dos postremos días síncope y delirios y aun en medio de estos últimos patentizó su fe cristiana y su amor al país en que nació, pronunciando frecuentemente el nombre de la Virgen de la Fuensanta y el de Murcia.

Al bajar al sepulcro nos ha dejado sumidos en una noche de tristeza y amargura, sabiendo como sabemos hasta donde llega el valor de la pérdida que lamentamos y cuán difícil es de llenar el vacío que deja en el mundo literario y en el mundo social.

Ya no existe el autor de *Dolores*. En el cementerio de la Sacramental de San Lorenzo, de Madrid, yace en un pequeño espacio limitado por cuatro paredes el que nos comunicó con sus obras la pasión sublime del arte, el ingenio esclarecido, el pensador profundo, el hablista consumado, el cumplido caballero.

Postrado ante su tumba comprendemos ahora toda la grandeza del ilustre murciano; que así como el sol no puede mirarse de frente, el genio para ser debidamente apreciado necesita que entre su luz y los hombres extienda la muerte su enlutado velo.

La verdadera vida del genio comienza en la sepultura.

La verdadera vida de Balart comienza ahora.

Balart es inmortal.

CARLOS CANO.

(Murcia)

INDICE

<u>Autores</u>	<u>Páginas</u>
Doña Blanca de los Rios de Lampérez	7
Excmo. Sr. D. Manuel del Palacio.	12
D. Ricardo Sanchez Madrigal	13
D. Luis Siboni	15
Excmo. Sr. D. Angel Avilés	28
Excmo. Sr. D. Juan José Herranz	29
D. Francisco Serrano de la Pedrosa	33
Excmo. Sr. D. Antonio Grilo.	37
D. Carlos Luis de Cuenca	38
Excmo. Sr. D. Manuel Fernandez Caballero	39
Excmo. Sr. D. Antonio J. Afán de Ribera	41
D. Juan Pérez Zúñiga	42
D. Gaspar Esteva	44
D. José Martinez Tornel.	50
D. Manuel Lassa.	52
D. José Roca de Togores.	53
D. Carmelo Calvo	55
D. Andrés Blanco	56
Ilmo. Sr. D. Vicente Pérez Callejas	57
D. José Rodao	63
D. Pedro Jara Carrillo.	64
Excmo. Sr. D. Teodoro Llorente	66

<u>Autores</u>	<u>Páginas</u>
D. Andrés Baquero.	69
Doña Eladia Bautista Patiér	71
D. Valentin E. Arroniz	73
D. José Tolosa Hernandez	75
D. Felipe Blanco de Ibañez.	77
D. José Frutos Baeza	80
D. José María Dotres	81
D. Carlos Cano	83

PRECIO: 2 PESETAS